

AÑO I

Nº 5

# PHAROS

*Revista mensual ilustrada*

MAYO 1912  
50 Centimos



CÁMARA S.C.

EXPOSICIÓN LOLA VELA  
DE BELLAS ARTES

MAYO FLORIDO, por P. Répide.

PARAÍSO PERDIDO,  
por J. Dicenta.

LA MUJER Y LA POESÍA,  
por Carmen de Burgos.

Biblioteca Nacional de España

# CONCURSO DE NOVELAS CORTAS

Queda abierto bajo las siguientes condiciones:

1.<sup>a</sup> La extensión de cada novela ha de ser de unas *doce á quince* páginas completas de nuestra Revista.

2.<sup>a</sup> El asunto, de libre elección; pero excluyendo las de carácter religioso, político y francamente sicaléptico.

3.<sup>a</sup> Los originales se remitirán á cualquiera de nuestras oficinas: Santa Feliciano, 16, Redacción, ú Hortaleza, 24, Administración, con un lema ó pseudónimo, y acompañados de un sobre cerrado que contenga, bajo el mismo lema ó pseudónimo, el nombre ó dirección del autor.

4.<sup>a</sup> La Dirección escogerá, entre los originales remitidos, los que, á su juicio, tengan mayor mérito, los cuales serán publicados.

5.<sup>a</sup> El público, por votación, adjudicará los premios: uno de **doscientas pesetas** y otro de **ciento**.

6.<sup>a</sup> Para tomar parte en la votación se llenará una papeleta que daremos oportunamente, y á la cual deben acompañar vales recortados de los números en que se publiquen las novelas y tantos como novelas hayan aparecido.

*MOTA IMPORTANTE.* — *A petición de numerosos literatos de América, que desean tomar parte en este concurso, cuyos originales no llegarían á tiempo si no prorrogásemos el período de admisión, quedará abierto el concurso hasta el 30 de Junio del presente año.*

Hemos recibido con destino al concurso los siguientes originales:

- Número 6. Sin lema.  
Título: «Un recuerdo de mi vida».
- 7. Sin lema.  
Título: «Los estrenos de Edmundo Blondel».
- 8. Lema: *Nosce te ipsum*.  
Título: «Un superhombre».
- 9. Lema: *Vida y arte*.  
Título: «Amor de madre».
- 10. Lema: *Ahí va*.  
Título: «Lo que no muere nunca».
- 11. Lema: *Atenas*.  
Título: «El ensueño».
- 12. Lema: *Por mi rey y por mi dama*.  
Título: «La raza de Don Quijote».

La Dirección, después de leídos detenidamente, ha admitido el núm. 7, titulado «Los estrenos de Edmundo Blondel».



# Práxos

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Apartado de Correos núm. 536. ♦♦ Teléfono 3.895.



CÁMARA S.O.

«LA CONSAGRACIÓN DE LA COPLA» (CUADRO DE ROMERO DE TORRES)



RETRATO DE ADELA CARBONE, POR JULIO ROMERO DE TORRES

# EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES

— Madrid, 1912. —

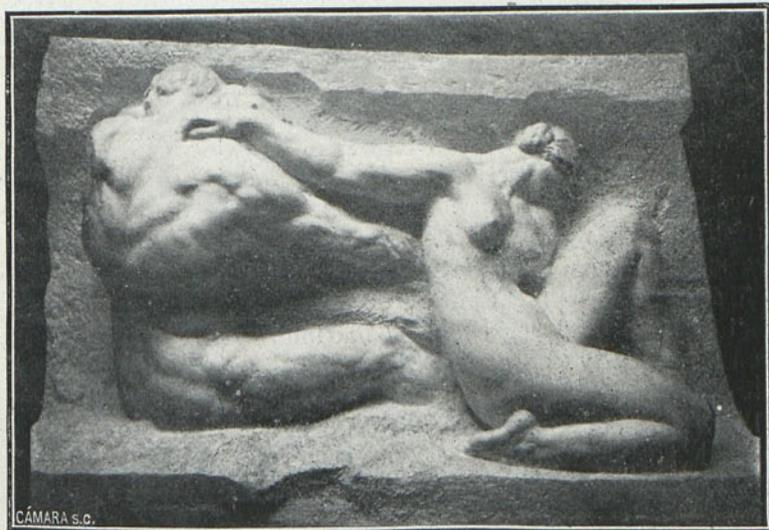
Cuando escribimos estas líneas, todavía no se sabe á punto fijo cuál será la fecha exacta de apertura de la Exposición. Hasta este año era *casi costumbre* inaugurarla uno de los primeros días de Mayo, pero ahora tan pronto se habla del día 10 como de fin de mes, y nadie sabe á qué atenerse. En esta incertidumbre y para no privar á los lectores de PHAROS de una información que siempre es interesante, nos hemos lanzado



«EL ÍDOLO» (BRONCE) POR JOSÉ CAPUZ

por entre los círculos artísticos de Madrid y, con el oído atento hemos procurado enterarnos de lo que entre gentes de arte se mienta y se miente, y ya que no un juicio crítico, para el que no nos sentimos con autoridad suficiente, ni una idea de conjunto, podemos brindarte, lector, algunas noticias, que si no resultan muy interesantes, por lo menos estarán escritas de buena fe.

La nota característica de esta Exposi-



«NATURALEZA», POR MOISÉS DE HUERTA

ción ha sido el grandísimo número de telas pintadas que á ella se presentaron, llegaban á mil trescientas y pico, y la titánica tarea del Jurado, dado lo reducido del antiguo palacio de Exposición de Ultramar, para seleccionar y rechazar la considerable cantidad de obras que han tenido que ser devueltas á sus autores. A pesar de todo han tenido que colgar cuadros hasta en el techo, y más de un pintor, de los que hayan tenido la gran suerte de ser admitidos, se encontrará sorprendido viendo el resultado de un trabajo de unos

cuantos meses haciendo la competencia á los aviadores por las bóvedas de los salones. Es triste que en Madrid, donde no se celebra más que una Exposición cada dos años, se carezca de local para ellas, y que el Palacio de Exposición, construido con tal objeto y con capacidad suficiente, sea hoy cuartel de la Guardia civil.

\* \* \*

Lo mejor, indudablemente, que el público podrá admirar en este Certamen será los cuadros de Romero de Torres.



«EN DÍA DE FIESTA», POR F. RAMÍREZ MONTESINOS

Ya en el número correspondiente al último mes de Abril de esta misma Revista, otra pluma, mejor cortada que la nuestra, se ha ocupado de él y de sus obras como se merece, pero nosotros, como informadores veraces y desapasionados, nos creemos en el deber de consignar aquí el nombre del pintor que seguramente constituirá el triunfo artístico más justo de este año. Romero tiene sus detractores, ¡cómo no!, y hemos oído combatir su pintura con tan gran calor como poco éxito. Con la realidad delante no hay más remedio que rendirse á la



«CACIQUES Y MENDIGOS», POR VALENTÍN DE ZUBIAURRE



«BODAS DE ORO», POR RAMÓN DE ZUBIAURRE

evidencia, y el que pinta lo que en este número reproducimos, no cabe duda que es un gran temperamento y un hábil obrero de la pintura.

De entre las obras que conocemos son muy dignas de elogio la de Salaverría, que es un muchacho joven que adelanta á pasos gigantes; las de los hermanos Zubiaurre, tan interesantes y españolas como siempre, que dan una impresión fuerte de arte, tan apreciada fuera de España y que esperamos este año será justamente premiada; los cuadros de Hermoso, deliciosos de expresión y ejecutados de mano maestra; un retrato



«ADIVINADORA»,  
(ESCU LTURA DE E. MARÍN)

to y las geniales aguafuertes á que nos tiene acostumbrados el gran Ricardo Baroja; «Camino de las Cruces» y «Retratos» de Carlos Verger; los espirituales cuadros de Viladrich; «En día de fiesta», estudio de tipos del Valle de Ansó, de Ramírez Montesinos, y otras cuyos títulos no recordamos, de Ayala, Hidalgo, Bertrán, Martínez Cubells, Sancha, Moreira, Moya, Bermejo, Rivera, etcétera, etc.

\*  
\*  
\*

La escultura española progresa grandemente, y nuevas corrientes de orientación clásica dan un sabor



«RETRATOS» POR CARLOS VERGER



«EN EL BERROCAL», POR EUGENIO HUMERO

de arte exquisito y delicadas concepciones á las obras de nuestros jóvenes escultores; y ahí están, para atestiguar nuestra afirmación, la «Adivinadora», de Enrique Marín, sencillamente admirable; las obras estupendas que el joven maestro Capuz nos ha traído de Roma; las de Moisés Huertas, que no desmerecen de las anteriores, y otras muchas, firmadas por los hermanos Oslé, Montagud, etc.

\*  
\*  
\*

La Medalla de Ho



«TORSO DE MUJER», ESTUDIO (BRONCE) POR CAPUZ

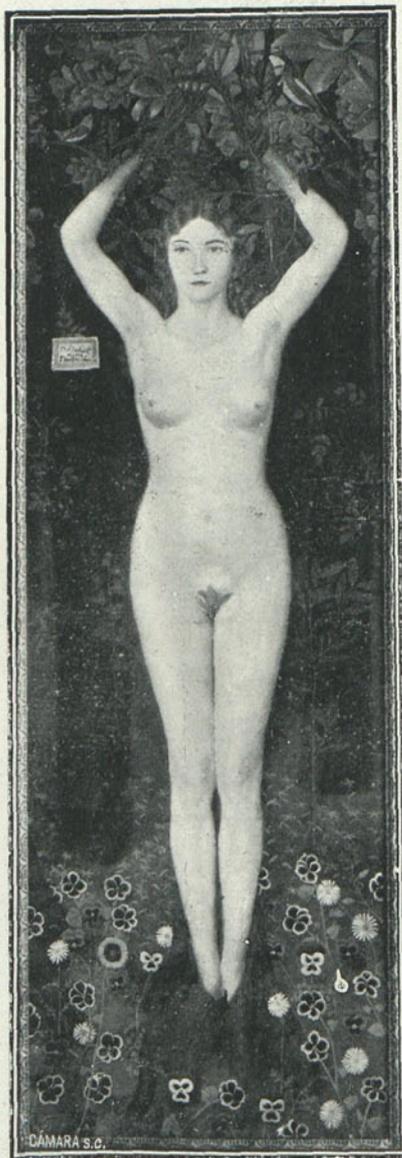
nor, la más alta recompensa á que puede aspirar un artista español, tenía este año varios pretendientes, y se preparaba una encarnizada lucha por tan codiciado premio; pero, al fin, la generosidad de algunos ha resuelto este enfadoso pugilato, y casi se puede asegurar que se adjudicará al viejo maestro Pinazo, que bien merecida la tiene. Chicharro, que presentaba su candidatura para esta medalla, se retiró de la lucha, y ya los diarios han dado cuenta de este acto con el título

de «El rasgo de Chicharro», rasgo que es digno de todo elogio, pues este maestro es joven, y tiempo tiene para llevarse, bien merecidas, ésta y todas las recompensas con que pudiera soñar.

\*  
\* \*

Para terminar, y como noticia de arte, de la que ya nos ocuparemos con la extensión que se merece en el número próximo, daremos cuenta únicamente de la admirable Exposición de retratos que para este mes prepara en Madrid el espiritual y aristocrático Anselmo Miguel Nieto, que, aunque coincidirá con la Exposición Nacional del Retiro, no dejará de constituir uno de los acontecimientos artísticos más importantes del año.

También hemos de consagrar en el próximo número algunas páginas á la Exposición de Bellas Artes de París, recientemente inaugurada, en la que han tomado parte varios españoles con muy bellas obras, y en la cual hay que lamentar la exclusión de que ha sido víctima, no por parte del Jurado sino del prefecto de policía, un hermano nuestro de raza: el notable escultor argentino Pedro Briano.



«DAFNE TRANSFORMÁNDOSE EN LAUREL».

POR M. VILADRICH



El día 25 de abril, fiesta del bendito San Marcos, tomábanse los madrileños de antaño un natural anticipo de los regodeos campesinos y las romerías primaverales. Tenía el famoso evangelista su ermita en las afueras de la puerta de Fuencarral, y allá iban las gentes en este día, que era como la festividad de los maridos, á merendar y armar jarana so color de devoción. Al holgorio de ese día llamábase «ir de Trapillo», modismo que ha quedado en uso después de desaparecidos la ermita y el festejo. Así preparábanse los habitantes de la villa para entrar dignamente en el mes de mayo, bajando al Sotillo en la madrugada de su primer día, y en honra devota de los dos Apóstoles San Felipe y Santiago.

Aquella fiesta matinal, que, como la del Trapillo, escandalizaba á tan severo moralista cual era D. Juan de Zavaleta, movía en tanto la inspiración dramática de D. Pedro Calderón de la Barca en su comedia *Mañanas de Abril y Mayo*, y arrancaba á fray Félix tan dulcísimas églogas como aquella que así termina:

«Ninfas del Manzanares y pastores,  
ya no hay amor, que aquí murió de amo»  
[res.]

Celebrábase la fiesta que se llamaba de Santiago el Verde en la orilla del río, á la izquierda de la puerta Toledana y don-

de ahora es la pradera del Canal. Zavaleta, que era un hombre agrio y de mal gesto, enemigo de que la gente se refocilara á su albedrío, describía así aquel lugar donde existió la ermita de los Apóstoles, motivo de la peregrinación matutina: «Unos árboles, ni muchos, ni galanos, ni grandes; más parecen enfermedad del sitio que amenidad influida. Humedece este sitio, dividido en islas, Manzanares, poco más que si señalaran la tierra con el dedo mojado en saliva»; pero no hay que hacer mucho caso del malhumorado Catón. El lugar es hoy frondoso y bello, conque así sería cuando le eligieron los madrileños de los siglos pasados como paraje grato para su fiesta, que tenía mucho de pagana y valía por una celebración de la primavera.

Era el día de los *mayos* y de las *mayas*. Coronábanse de flores las mujeres, y así tornaban á la villa:

¡Qué bien bailan las serranas,  
día de Santiago el Verde,  
en el Val de Manzanares  
cuando el sol claro amanece!

Dejan el Sotillo todas,  
llevando sobre las frentes  
guirnaldas entretrejidas  
de rosas y de claveles.

Y entre cantares de amor y de alegría despedíanse de la fiesta mañanera hasta

otro año, y subían entre alborozo de jácaras hasta entrar en Madrid por la huerta del Bayo.

Ahora, el día 1.º de mayo es la fiesta de los obreros, y también festéjase en los campos. Durante la tarde acuden á merendar y á holgarse en las alamedas de la Florida, con lo que han venido á constituir una especie de romería laica.

¡Y llega el de Dos de Mayo! El Dos de Mayo era para los madrileños anteriores á 1808 un día como todos los demás. Ellos no pudieron conocer las emociones de sus descendientes en el siglo XIX y parte del XX hasta el año 1908, en que la fiesta nacional, que recordaba el heroísmo de la villa en su lucha con las tropas napoleónicas, quedó suprimida de raíz. ¿Por qué? Pues porque los agudísimos gobernantes decidieron que podía molestar a la nación francesa, nuestra buena amiga y aliada, si seguíamos conmemorando aquellos épicos sucesos. Estos admirables escrúpulos, por el estilo de la limpia de Burguillos, que lavaba los huevos para freíllos, y luego escupía en el aceite para ver si estaba caliente, han sido siempre muy usuales entre nosotros.

Acabóse ya, por lo tanto, aquello de asistir al Salón del Prado la tarde del día primero para ver si estaban puestos los espárragos sustentadores del toldo que había de cobijar al otro día el paso de la procesión cívica, y al mismo tiempo el madrileño de cepa tomaba nota de que, como era debido, daban ya los milicianos nacionales guardia al monumento, á cuya espalda, y como utilísima previsión, alzábase ya una tienda de campaña, que había de albergar un puesto de socorro.

Inspeccionado todo esto, el castizo podía dormir tranquilo, dispuesto á madrugar y estar á las seis de la mañana oyendo misa en el Obelisco, so pena de quedar mal con los héroes difuntos y consiga mismo. Mercábase muy luego un pito

de los que aparecieron en la mañana de la Cara de Dios y esperan la fecha de San Isidro, y feríabase un variado surtido de altramuces y torraos con que obsequiar á la buena moza que le acompañaba, y ya, con todos aquellos deberes cumplidos, podían encaminarse hacia el Retiro, no sin antes haber matado ambos el gusanillo con sendas medias copas de Chinchón, habidas en un puesto de los alrededores.

En el Retiro, lo primero que había que hacer era coger lilas y pasearse por delante de los guardas con los grandes ramos formados por sus artes rapaces. En seguida había que tomar chocolate en la Vaquería ó en el Embarcadero, aunque este día preferíase la repostería de este segundo lugar, porque era de rigor en el programa dar una vueltecita por el estanque, y efectuarla precisamente en el vapor. Con lo que, cumplidos sus deberes patrióticos, forestales y navales, podían tornarse los buenos madrileños hacia el centro de la villa, con objeto de disponerse á ver la procesión desde la calle, si no había otro remedio, y más frecuentemente asaltando las casas y balcones del desgraciado conocido que por mal de sus culpas vivía en las casas de la carrera, y al cual querían convencer de la casualidad de su visita.

— Pues ná, verá usted: que pasábamos por aquí, y yo me dije, digo, pues sí que hace tiempo que no vemos á D. Baldomero y familia. Conque aquí nos *tién ustés*.

— Si ya lo decía yo — prorrumpía la mujer —; y *tantísimo* gusto como van á tener en cuanto que nos vean.

— Ya, ya lo creo. Mucho gusto... — soñía contestar el ama de la casa con una risita de conejo.

Al fin, se acomodaban como podían en los balcones, repletos ya de convidados, y si marchaban de aquella casa sin ha-

ber consumado su plaga quedándose á comer, no lo hacían sin participar del refresco, que les permitía llegar á su domicilio reconfortados y dispuestos para llegarse por la tarde á ver el arco de Monteleón, asistir á un responso en el altar de la calle de Ruíz, y presenciar el paso de otra procesión: la de Maravillas.

El poeta, el artista, prefería en aquella tarde bajar al Camposanto de la Florida, donde yacen los fusilados en la Montaña del Príncipe Pío, y al cual recinto, tan sencillo, emocionante y bello, acudía el clero de

contráronla unas tijeras, que eran armas prohibidas bajo pena de muerte en el bando de Murat, quien entretanto estaba lo más tranquilo posible, alejado del ruido, en el palacete de la Moncloa.

El día 3 de mayo sí tuvo fiesta desde antiguo en las calles de Madrid. Las majas alborotaban el barrio con el piadoso pretexto de la Invención de la Santa Cruz, acontecimiento famoso que algunos libros

de devoción cuidaban de recordar en verso:

Hoy la Emperatriz Elena, — madre del gran Constantino, — halló el precioso tesoro — de la Cruz de Jesucristo.

Hacíase capilla de los porta-



LOS FUSILAMIENTOS DE LA MONCLOA (CUADRO DE GOYA)

la vecina ermita de San Antonio á rezar sus responsos. Durante el día del Dos de Mayo el pueblo no hablaba de otra cosa sino de «aquellos pobrecitos» y de «los brutos de los gabachos». Las madres decían á sus hijos que en tal día «los franceses no se atrevían á salir á la calle y se quedaban en sus casas avergonzados». Y para dar realce á la leyenda sobre la historia, ponderábase mucho, y esto ha sido también achaque de graves historiadores, las figuras de Malasaña y su hija, cuando no hubo tales hazañas ni tal chispero, sino sólo una muchachita que vivía en la calle de San Andrés, núm. 18, era huérfana de padre y se llamaba Manuela Malasaña y Oñoro, á la cual fusilaron porque, en su calidad de costurera, en-

les, y en ellos se instalaba el altar, que, á falta de *Signum Crucis*, solían ostentar una cruz hecha de flores, naturales á veces, y á menudo de papel ó de trapo. También acontecía que la cruz, que debía ser lo esencial, no existía, y el altarcillo presentaba una estampa profana, como los «Amores de Pablo y Virginia», ó «Hernán Cortés y Doña Marina», cobijados bajo el dosel de una colcha y adornados con pañuelos rameados de talle, á más del ornato añadido por unos cuantos collares de coral, de vidrio ó simplemente de estaño, que habían cedido gustosamente para el atavío del monumento las manolas de la vecindad.

En ciertas ocasiones ofrecíase á la admiración y óbolo de los transeuntes, en

lugar de estampa, una viva deidad. «La maya», que era la moza más garrida de la casa, subíase en una mesa y presidía desde su altura el asalto de las postulantes al descuidado pasajero. Los galanes acostumbrados y los cortejadores que lo fueron á distancia hasta aquel día llegábanse á las muchachas que, platillo en mano, acosaban á todo el que se arriesgaba á pasar ante ellas. Llenábanse los platos de monedas al conjuro de su voz, que pedía con zalamería tradicional:

— ¡Un cuartito para la Cruz de Mayo!

Al propio tiempo se llenaba de satisfacciones galantes, y daba además rienda suelta á su buen humor obsequiando con sus donaires al usía y al petimetre, si era á fines del siglo XVIII, ó al señorito cursi, al silbante y al aburrido, si era en épocas más cercanas, pues hasta poco antes de acabarse el siglo XIX aún subsistió esa costumbre pintoresca, que acababa en una cena que se verificaba aquella misma noche, ó en una jira al soto de Migas Calientes, combinada también á costa de los generosos crucificados aquel día en la florida cruz de las garridas «mayas».

Este mes, que tan señaladas fechas ofrece al regocijo popular, concede desde el siglo XIX un sitio especial en la vida madrileña al esparcimiento de lo que ha dado en llamarse buena sociedad. Es una costumbre extranjera, porque, después de habernos estado describando en la guerra de la Independencia, fué cuando empezamos á rompernos la crisma por vivir como todo país que no fuese España. Y esa costumbre es la de las carreras de caballos, que aquí empezaron á organizarse con el pretexto del fomento de la cría caballar, sin que se sepa que se haya fomentado nada, y sin que se averigüe qué tendrán que ver con el progreso de la raza caballar española los caballos de pura sangre inglesa, que son los que se exhiben en semejantes espectáculos.

En los primeros años del reinado de Isabel II fué cuando intentó arraigarse en Madrid la afición á este deporte, que quedó circunscrita á un círculo aristocrático. El Hipódromo hallábase en la Casa de Campo, y con eso queda supuesto que su público era limitado. En nuestros días, y en ese Hipódromo, que es como un tapón del paseo de la Castellana, y probablemente no tardará en desaparecer, continúan verificando las carreras de caballos en primavera y en otoño, sin que haya conseguido cuajar la afición á presenciarlas. Sin embargo, los desmontes del Canalillo, fronteros á la pista hípica, suelen cubrirse de público, que hace de aquel lugar un nuevo «tendido de los sastres», adonde modestos industriales colocan sillas para alquilar, y entre los grupos que se forman mueven la típica algarabía de sus pregones los vendedores de:

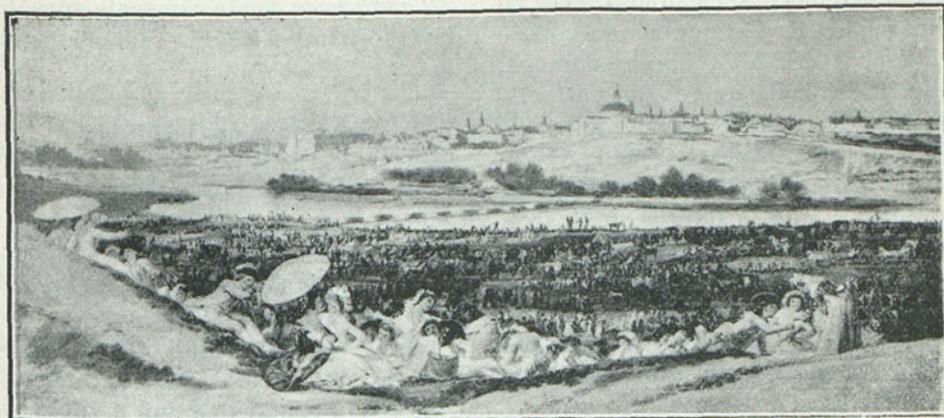
— ¡Agua fresquita! ¿Quién la bebe? ¡Como la nieve; de la fuent'el Berro, el agua!

Y los de las naranjas y los cacahuets, y la vieja que vende los bollos de canela.

Ya se han desesterado las casas, y se riega el pavimento por la mañana. Suéltanse las persianas y suben desde la calle las voces de la primavera, cuando pasa el hombre con el burro de los claveles, y suéltanse á pedir, canturreando, más pobres músicos que nunca, y que no se sabe dónde estuvieron metidos hasta entonces. El son de un pandero zumba y repiquetea, y óyense gritos extraños, al tiempo que se escuchan mugidos graves y profundos. Es otra de las señales del calor, que llega. Los húngaros, con sus monas y sus osos, pasan, y arman un baile y una algazara en cualquier parte.

¡Bendito sea el calor, que es la alegría y es la vida! Ya pasa el tío que va voceando:

— ¡El helao rico, el helao!



LA PRADERA DE SAN ISIDRO (CUADRO DE GOYA)

Y aquel otro que viene siempre con los días primaverales:

—¡Al buen requesón de Mirafloores...!

Vocéanse también los espárragos pericos de Aranjuez, y en las fruterías y los puestos de las esquinas se muestran las excusas repletas de la fresa del propio real sitio ribereño.

Se echa de menos el botijo en el balcón, junto al tiesto de claveles dobles, que está esperando el de la albahaca y el de la ruda, y no vendrán hasta que se compren la noche de San Antonio, «allá abajo», ó la noche de San Juan, en la Plaza Mayor, que es la venta tradicional de las flores, ó en el Prado, que tiene también su feria de macetas. Pero el reinado del botijo comienza ya. ¿Qué día marca el Calendario? Estamos á 14 de mayo. El botijo dispónese á reinar.

Porque ya está el camino de la ermita de San Isidro lleno de tenderetes, en donde los pitos y la cerámica de la tierra son la mercancía tradicional, mientras en la pradera se multiplican los merenderos y se instalan los «Tíos-Vivos» y las barracas de los fenómenos. La noche de la víspera del día del Santo puéblase ya aquel campo de los devotos que tienen más pri-

sa por manifestar su devoción, aunque, si lo más devoto es acudir á beber el agua milagrosa, ellos procuran sustituirla por los prodigios del vino, que no suelen ser pocos. No parece muy grato el elegir como lugar de esparcimiento la inmediatez de unos cementerios, pero ellos, á fuer de estoicos, festejan con alegría la vida al lado de la muerte. Bien es verdad también que gente de peor gusto fué la que estableció camposantos al lado de los lugares donde sabía que la gente gustaba de ir á divertirse.

Fué en el año 1528 cuando la Emperatriz Isabel, esposa del César Carlos V, quiso labrar una capilla sobre el lugar donde San Isidro Labrador había hecho brotar una fuente de agua tan milagrosa, que cundió su fama, y en aquella sazón consiguió curar al Príncipe D. Felipe. Agreste, y hasta medroso, era por aquel entonces el lugar, tanto, que existe tradición afirmadora de que Isabel la Católica vióse junto á esa misma fuente acometida por un oso, al que ella misma consiguió matar de un rejonazo.

La ermita de San Isidro gozó pronto de gran predicamento, y en ella, por cierto, hubo de celebrarse en el mes de febrero

del año 1637, una fiesta suntuosa, á la cual asistieron los Reyes, que con su cortejo atravesaron el río en barcas doradas. Fiesta fué aquélla que, según una relación de la época, se componía «de la música del Almirante de Castilla, que alegra; de la del Príncipe de Esquilache, que admira, y de la de Vicente Suárez, que pasma». El Marqués de Valero determinó luego, en 1721, reedificar la ermita, dejándola como hoy se halla, y en uno de sus lados ha quedado la fuente prodigiosa, sobre la cual se leen estos versos, no tan prodigiosos:

«¡Oh, aijada tan divina  
como el milagro lo enseña!  
Pues sacas agua de peña  
milagrosa y cristalina.  
El labio al raudal se inclina  
y bebe de su dulzura,  
pues San Isidro asegura  
que si con fe la beberies,  
y calentura trujeres,  
volverás sin calentura.»

El 15 de mayo no se preocupa la gente de ir á venerar á San Isidro en la Colegiata, ni en San Andrés, y apenas algunos devotos del barrio acuden á la calle del Almendro á ver el lugar donde guardaba sus aperos de labranza. Ese día es de entrar las madrileñas en la pradera envueltas en su mantón de Manila y atropellando gente en su manuela triunfal. Los dos puentes, el de Toledo y el de Segovia, más el pontón que se utiliza ese día con pago de portazgo, empiezan desde muy temprano á derramar gentío sobre la pradera. La gente fina, que va en su coche, no hace más que dar una vuelta, mercar unas cuantas chucherías y desaparece. Los castizos se establecen en la pradera, y allí almuerzan, allí cenan, allí acampan, y de allí no salen si no es para la comisaría.

Y como hace ciento cincuenta años, todavía tórnanse á la villa cantando aquello de:

A San Isidro he ido  
y he merendao,  
más de cuatro quisieran  
lo que ha sobrao.  
Ha sobrao jigote  
y albondiguillas,  
dos capones, un pavo  
y tres tortillas.

Estos son los días en que de los pueblos cercanos á la corte y aun de los lejanos, acuden los lugareños, que llenan la capital, admirándolo todo, ó encontrándolo todo muy por bajo de la fama que ostenta, y bastante inferior á algunos sitios de su lugar natal. Estos son los que, maliciosos y recelosos, regatean el precio de un viaje en el tranvía, y para tales isidros creó el hampa madrileña trazas como aquella de expenderles, á precios moderados, tarjetas con permiso para transitar por la Puerta del Sol, licencias para beber agua de la fuente de Pontejos ó billetes de libre circulación para pasear por el Prado y visitar los alrededores del Museo de Pinturas.

Y la romería perdura, no sólo hasta fines del mes de mayo, sino, por lo regular, hasta empalmarse con la primera verbena que Dios envía, y es la de San Antonio de la Florida. Público no la falta, porque en ese tiempo el público tiene gana de ir á todas partes, y á todas partes va: á los conciertos, á los toros, á tomar posesión de la Florida, que abandonó durante el invierno, porque prefería tomar el sol arriba, en la Moncloa; y empiezan las mañanitas del Retiro para los bulliciosos, y para la gente más juiciosa y amiga de quietud y de silencio, los paseos por las avenidas tranquilas del Botánico.

Disfrutan las muchachas casaderas más que las niñas que empiezan á ser muchachas. Ellas, las infelices, que un día de este mes han de pasárselo empaquetadas en el traje de primera comunión, cohibidas con el velo, y el cirio, y el devocionario, y los guantes, y los zapatos, que la están estrechos, sin que la sea lícito quejarse, porque sus papás la llevarán á casa del fotógrafo, donde pasará por nuevas torturas antes de encontrar la postura definitiva para el retrato, y después habrá de ir casa por casa de todas sus relaciones para dar envidia á sus amiguitas, según sus papás, que eligen tan cristiana fecha para predicarla la excitación á la vanidad, aunque no suelen oír los comentarios usuales cuando salen de una de las visitas:

— ¡Vamos, mira que llevarla todo el día con el traje blanco á la pobrecita niña, que parece una mosca en leche!

Y pasa aquel día y la pobrecita niña tiene que quedarse en el colegio después de las lecciones, porque ha de cantar aquello tan bonito de:

«Venid y vamos todos  
con flores á María»,

cuando lo que ella quisiera era corretear de verdad en un jardín y hartarse de saltar á la comba, ó de jugar á las cuatro esquinas, en la Plaza de Oriente, mientras la criada tiene su plática con el militar y pasa el barquillero diciendo:

— ¡Que son de limón!

PEDRO DE RÉPIDE.





# PARAÍSO PERDIDO

*Por Joaquín Dicenta.*

## I

Es el paisaje de sensualidad virgiliana, con sus frondas donde musica sus amores el risueño; con sus camarines, ricos en artesonados de nardos, de claveles y rosas; con sus arroyos, que entre juncos murmuran; con sus praderas, que amapolas y margaritas y violetas esmaltan. En el huerto arraigan los naranjos, esencieros de azahar, orfebrerías naturales, que bajo ramas de esmeralda columpian sus fragantes caireles de oro; cerca de ellos crecen higueras de sombrío ramaje y de meloso fruto; granadas de roja floración; almendros de capullaje lácteo. Sobre una colina, que corta el horizonte, esplende la vid, dando al aire sus botoncillos negros ó sus ambarinos borlones; olivos, que parecen hechos por el lápiz fantaseador de Dorée, se retuercen con-

tra la atmósfera; altas palmeras suben en dirección del cielo, sacudiendo al aire sus puntiagudos penachos.

En una planicie se alza la casería, con sus muros de nácar y su árabe azotea y su portón, que, endoselado por el ancho parral, se abre frente al pozo, en cuyo brocal asienta el cubo á la espera de que una Rebeca lo vacíe en su ánfora, de un Eliazar que apague en sus bordes la sed. Las palomas tienden vuelo desde la azotea moruna; las gallinas picotean junto al portón; un gallo las vigila y defiende, irguiendo la bermeja cresta, guiñando los redondos ojos de brasa, afilando sus espolones, abriendo á la luz la multicolor paleta de su cola, lanzando al espacio las notas clarinescas de su kikiriquí.

Como el bíblico paraíso, llámase «Edén» este rinconcillo del mundo, que el sol meridional enluzca con su rayear diamantino

y la Diana de los helenos poetiza con los reflejos de su luz. En él las ramas tienen chasquidos besadores; los arroyos cuchichean lascivias. El aire sabe á fruta.

Propiedad es el «Edén» de un señorón. Como el Dios genesíaco, tiene blancas las barbas; como el Dios genesíaco, es dueño absoluto de árboles y florestas, de praderas y de arroyos, de cosas y animales.

En este Paraíso quedó abandonada, por fallecimiento de sus padres, recogida por el colono, una chicuela de rizada y negra pelambre, de ojos azules y de labios bermejos como las flores del granado. Tiene por nombre Curra, y por todo caudal un prometimiento de hembra hermosa. Aún es niña.

Descalza de pie y pierna, sueltos por el cuellecito moreno los rizos de azabache, al aire los brazos, va y viene por la cocina de la casa, revolviendo los sarmientos que en la chimenea arden, espumando las ollas, escobando la cal del piso, enluciendo los azulejos que destellan al largo de los muros. Ella dispone el afrecho de las gallinas, la algarroba de las palomas, el yantar de los cerdos; ella vierte en el ánfora la cubeta recaudadora del algibe. Ánfora en cadera, va de la casa al pozo, y torna desde el pozo á la casa haciendo competencia á los pájaros con los cantares de su boca.

Cuando el señorón, antiguo D. Juan, visita la finca, se tropieza con la chiquita de ojos negros. Con los suyos la sigue, y una sonrisa enigmática descorre sus labios gruesos de déspota y de gozador.

Curra tiene un amigo: Curro, el zagal que pasa á diario por los límites de la finca, camino del monte, al apacentamiento de un centenar de ovejas, cuyos blancos vellones tiemblan como copos de nieve. No cumplió sus doce abriles el zagal y ya se gana la bazofia á golpe de honda y giro de báculo.

Cuando pasa por frente del «Edén» detiéndose el zagal junto al pozo, descárgase del pesado zurrón y espera á Curra. Ésta llega á su encuentro risa en labios y ánfora en cintura. Los chiquillos platican; trazando él dibujos en la arena con el regatón de su palo; borrándolos ella con sus desnudos pies. El mastín les contempla; el ganado ramonea en los matorrales que suben verdeando los estribos de la montaña.

## II

En el «Edén» va haciéndose Curra mujer, en franca inocencia campesina, que no excluye el conocimiento de su propia belleza ni el aprendizaje del amor.

Dióse cuenta de la primera en los cristales del arroyo y en el espejo de las fuentes. Comparando allí, con los de otras hembras, su rostro, con el de otras mozas, su cuerpo, halló que las sobrepujaba en pureza de líneas, en gracia de expresión. A fines de estío, en una siesta calurosa, metióse bajo una enramada que se dobla contra el arroyo y se dejó desnuda su carne. Antes de sumergirla en el frescor de la corriente quiso mirarse en ella y vió la aurora de su pubertad haciéndose redondos globos sobre el pecho, curva amplia en las caderas, morbilidad cilíndrica en los muslos, difuminación de suavísimos negros en el vientre y en la hoquedad sedosa que junta el seno con los hombros. Contemplóse breves instantes con orgullo, y luego, avergonzada, dejóse envolver por las ondas. Sobre ellas flotaron, como una espuma de azabaches, los rizos de su abundante cabellera.

Libro fué de amadores — mejor que todos los escritos — para su aprendizaje aquella naturaleza en perpetua nupcia; aves y cuadrúpedos, árboles y hierbas, flores y gotas de agua cantaban en sus oídos á diario la canción del querer; abría-



se delante de sus azules ojos el poema donde se eternizan, entre caricias, las especies. Como tenía, sin apreciarlo bien, el concepto de su hermosura, tenía, sin sentirlo aún, el concepto del amor natural. Así como una vanidad inconsciente relampagueaba en sus pupilas, cuando Curra se contemplaba en el arroyo, una ola de rubor, también inconsciente, enrojecía sus mejillas; cuando dos pájaros se picoteaban sobre una rama; cuando dos flores se acariciaban, enlazando sus tallos, ó cuando el polen de una palmera, empujada hacia otra palmera por el viento, cosquilleaba el cutis de su rostro con el terciopelo de sus átomos.

También iba el pastorcillo adquiriendo, imprecisamente, el concepto de su gallarda varonía; también hacía en la montaña, entre su ganado y las salvajes bestezuelas, el aprendizaje del amor.

Pero todavía eran niños; la frase reveladora no sonó todavía para ellos. Aún jugaban en candoroso compadrazgo, en muchachil pareja; aún reía ella francamente si las manos de él la empujaban y la hacían rodar por tierra; aún prorrumpía él en carcajadas estruendosas si las manos de ella le zamarreaban el cuerpo.

Felices eran con sus juegos, dichosos como nadie en aquel «Edén», mundo único por ellos conocido. Nada hacíales allí falta. Con su trabajo se ganaban el pan.

Ella era tratada con cariño por el colono y por la mujer del colono, con gran afecto por el señor, que á las veces, durante sus estancias en el «Edén», charlaba largo con la niña, más largo según que la niña iba creciendo. Hasta gustaba de hundir los dedos en su cabellera rizada, de pasearle sus manos por la ambarina nuca, por la curva firme de los brazos. Una tarde, cogiéndola por las muñecas, la atrajo hacia él y la besó recreadamente en la cara. Fué á los pocos

días de notificar á Curra el arroyo su nombramiento de mujer.

Si; eran muy felices el pastorcillo y la rapaza. Más y más se querían según que pasaban los meses. No podían estar el uno sin el otro; buscábanse con cualquier pretexto. Muchas veces pació el ganado en libertad sobre los altos de la sierra, mientras su guardián dibujaba rayas junto al pozo y la niña borraba las rayas con los dedos de sus desnudos pies.

Y fué un crepúsculo, al comenzar la primavera, cuando ella sintió vergüenza al dar de espaldas contra el suelo, empujada por él; cuando él sufrió un escalofrío al sentir las manos de ella asirse de sus hombros.

Aquella noche el zagal se durmió pronunciando el nombre de Curra.

¡Curro! — dijo la niña al echarse contra la almohada! — ¡Curro! — repitió entornando sus ojos.

Al repetárselos el sueño, jugaba aquel nombre sobre sus labios.

### III

— ¡Hermosa está como un sol la muchacha; Macario! Con la primavera granóse. Con la primavera se ha abierto el capullito de mujer. Tal que los del almendro y los del naranjo en la huerta.

— Razón lleva el señor. Antiayer pasó junto á mí por la viña y quedé embobado mirándola, tal que si por vez primera la viese. Y era la primera vez; que dejéla niña al acostarse y al despertar halléla moza.

Así charlan bajo el emparrado, por donde el sol se filtra en lluvia de menudos topacios, el señor, dueño del «Edén», y Macario, antiguo ayuda de cámara del hoy viejo D. Juan, administrador ahora de su finca al pago de alcahuetes juveniles, que perduran en la vejez si se ofrece ocasión.

— Paciencia tuve — continúa el señor.

No era cosa de estropear el fruto antes que tocara sazón. No tendrá queja la Currita del trato que ha recibido hasta el presente. Menos quejas ha de tener, que no soy roñoso, y cuando canse de ella tendrá, como otras, su dote y marido poco aprensivo que cargue con lassobras. Ahora sí, para mí la quiero. En sazón está. El primer brote de la florecilla campestre ha de ser para mí. Por algo la fui cultivando poco a poco; para algo la guardé bajo tu vigilancia. No creo que haya dificultades á su logro.

— ¡Qué ha de haberlas, señor! Igual que á otras ocurrirále. Caerá sin darse cuenta. Estas rosas tempranas no tienen tiempo para criar en el tallo espinas.

— Pues mañana, al entrar la noche,

será. Ya su hermosura prende fuego á mi sangre. A más, no es cosa de que nos descuidemos y un gañán prenda en su chaqueta el capullo que para mi ojal

cultivé. Si otra mano lo tocara antes que lamía, murierame de rabia. No gusto de frutos remordidos. Conque para mañana, al ser noche, procura que tu mujer tenga faena en la ciudad; quedémosnos solos, tú en el huerto, yo en mi gabinete con ella. Largas se me han de hacer estas veinticuatro horas.

— Como lo manda, dispondráse.

Macario

se aleja y el señor de las barbas blancas queda bajo los pámpanos, apurando á sorbos una copa de *whisky*, entredurmiéndose al beso del sol, que espolvorea sus cabellos de nieve.



EN BRAZOS DEL GALÁN CAE LA MORZ; UN BESO LES UNE...

## IV

Días hace que se huyen, tal que si fueran enemigos, la moza y el zagal. Si se encuentran, ella baja los párpados y se aleja más que de prisa; él frunce el entrecejo y torna la espalda, golpeando con su báculo el suelo.

Sin embargo, él la acecha á escondidas para recrearse en su contemplación; sin embargo, ella, cuando se halla segura de que él vuelve la espalda, torna la cabeza y le sigue en su viaje con acariciante mirar.

Amor prendió en ellos é hízoles, como á todos los hombres en los comienzos de un amor, cobardes, recelosos y huraños. Amor es, cuando empieza, casi odio. En odio suele concluir.

Pero cuanto más se recelan y se huyen, más se necesitan y desean el zagal y la moza; más duran en el primero los anhelos; más en la segunda los ojeos acariciantes.

Y es una tarde, bajo la bóveda de flores, sobre los cojines de césped que tapizan el arroyuelo, donde se hallan de rostro á rostro Curra y el pastor. ¿Fué el encuentro casual? ¿Buscáronse hipócritamente? Inútil fuera preguntárselo. Ellos no han de decirlo. De rostro á rostro se hallan, cara á cara se miran; ella ruborosa, con el pecho agitado por premuras del alentar; él pálido, con la garganta seca y entre la garganta el suspiro.

— ¿Por qué me huyes? — dícele el zagal á la moza.

— ¡Huirte! — responde ella.

— Huirme. Bien lo veo; mal harías en negármelo. ¿Es que ya no me quieres, Curra?

— Eso dijératelo yo y te dijera la ver-

dad. Así que me hallas tórnaste y corvas los hombros como si fuese yo el demonio.

— No demonio; ¡ángel eres, que con el batir de tus alas me quitas el sueño y me partes el corazón!...

Cogidos por las manos asientan los dos sobre la hierba. El ramaje, doblándose contra ellos, los difumina con su sombra; entre el ramaje canta un ruiseñor endechas amantes á su hembra; el arroyo se descompone en ondas besadoras; las partículas del aire gimen lascivamente; lascivamente vibran los átomos del sol; un aire, embalsamado por todas las esencias de abril, estremece las hierbas. El silencio se hace. El ruiseñor lo rompe con un canto triunfal que rubrica la posesión de su hembra.

En brazos del zagal cae la moza; un beso les une; las ramas se doblan sobre ellos; el perfume de las florecillas campestres, mezclándose á los cernidos átomos solares, incienso es de la nupcia...

Las ramas crujen; por entre ellas asoma la cabezota colérica del señor de las barbas blancas.

— ¡Ah, granujas! ¡Ah, perdidos! ¡Ah, miserables! — grita —. ¿Así pagáis el pan que os regalo? ¡Macario!... ¡Macario!... ¡Pronto!... ¡Pronto!... ¡Baja una estaca! ¡Echame á garrotazo limpio á estos sinvergüenzas del «Edén»!

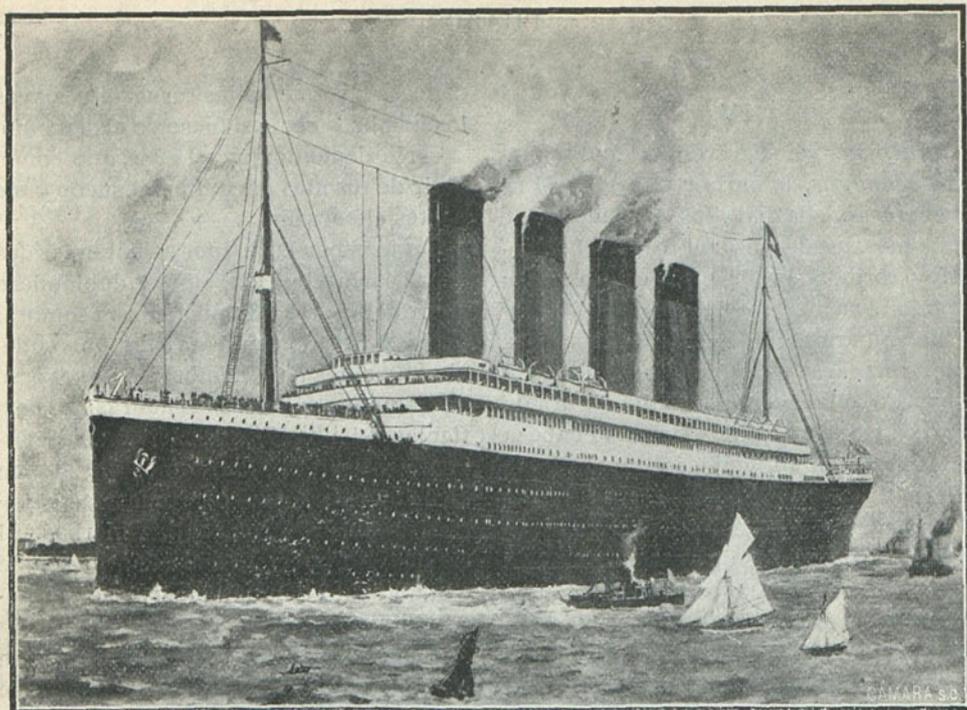
## V

En los límites del «Edén» está Macario, tranca en alto, expulsando á los pecadores. El señor se mesa la barba de nieve.

Adán y Eva siguen carretera adelante; apoyándose uno en el otro, bajas las frentes, saboreando entre rubores el dolor gozoso de su caída...

JOAQUÍN DICENTA.





EL TRANSATLÁNTICO «TITANIC», DE 60.000 TONELADAS, QUE HA NAUFRAGADO EN LA TRAVESÍA DE LONDRES Á NUEVA YORK, EN LA COSTA DE TERRANOVA, CONSTITUYENDO ESTE SINIESTRO EL MÁS TERRIBLE NAUFRAGIO QUE REGISTRA LA NAVEGACIÓN

## ≡ EL DOMINIO DEL MAR ≡

Sobre los inquietos lomos del monstruo pone hoy el hombre su planta audaz confiado y alegre. El Océano es la gran ruta internacional, cómoda, agradable, amenizada por todos los refinamientos del progreso, por todos los prodigios de la civilización, que se amontonan espléndidamente en los buques modernos, verdaderos palacios flotantes; es una ruta tan frecuentada por mercancías industriales como por turistas millonarios.

Catástrofes como la ocurrida recientemente al más poderoso transatlántico inglés, el *Titanic*, son prácticamente imposibles si se tiene en cuenta los poderosos medios de defensa acumulados por el

hombre en su milenaria lucha con los elementos naturales; por eso sucesos así son ya considerados más como delitos que como desgracias. Y no es que dejen de existir peligros, tremendos peligros; pero todos están previstos, para todos hay una solución que ponga á salvo las vidas de los miles de personas que lleva á bordo un gran navío, si la previsión del constructor y la pericia de quienes lo mandan no faltan en ningún caso.

Un ligero descuido, un olvido insignificante puede originar una hecatombe. El *Titanic* se ha perdido, y con él dos mil personas, por falta de unas cuantas pequeñas cosas, entre ellas un anteojito de

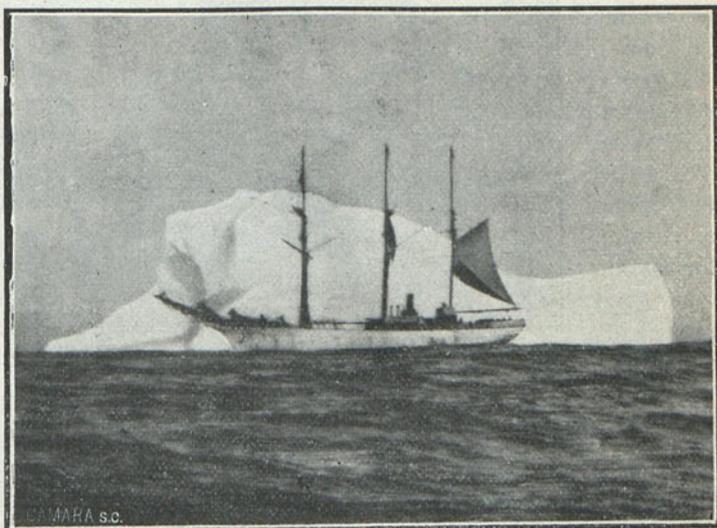
larga vista para los vigías. Diríase que el mar ha castigado la petulancia de los que no han omitido detalle en lo superfluo, en lo frívolo, para convertir unos días de peligroso viaje en días de refinado placer y diversiones, con notorio desprecio de las iras del fiero gigante, dominado, es cierto, pero no domesticado ni inofensivo.

Siniestros parajes  
Nieblas, hielos, escollos. \* \* \* \* \*

Terranova es un nombre funesto en los anales de la navegación. Los bancos que rodean esta isla sirven de tumba á millares de marinos y via-

jeros y á incalculable número de pescadores de las vecinas costas.

Los bancos de Terranova son el punto



UN BUQUE PASANDO JUNTO Á UNA DE LAS MONTAÑAS DE HIELO QUE FLOTAN EN LAS COSTAS DE TERRANOVA



M. E. J. SMITH, CAPITÁN DEL «TITANIC», QUE SE SUICIDÓ, DESPUÉS DE TRABAJAR HEROICAMENTE EN EL SALVAMENTO DEL PASAJE

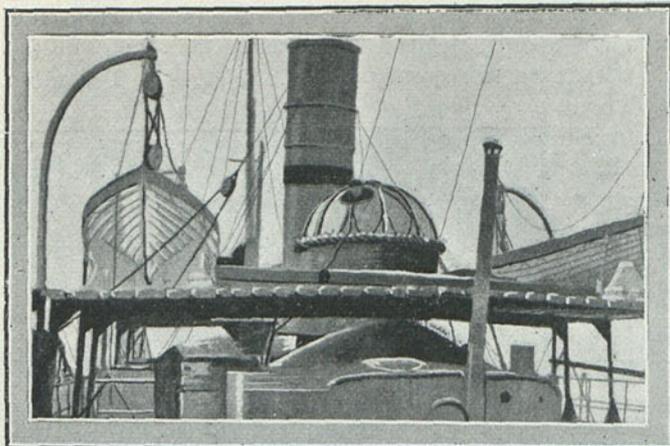
de encuentro del *Gulf-Stream* (corriente del Golfo), que nace en el Golfo de Méjico y lleva una temperatura de 26 á 30 grados centígrados, con la corriente fría, que procede del Océano glacial ártico, y que divide á la anterior en dos ramas. El choque de estas corrientes determina, entre otros fenómenos, las más espesas nieblas que se hallan en el Atlántico, y el amontonamiento de los *icebergs* desprendidos del Norte, dos tremendos peligros que añadir al que representa la existencia de esos mismos bancos y escollos en una de las rutas de navegación más frecuentadas del mundo.

En medio de una densa bruma que no deja ver nada de un extremo á otro del buque, marcha éste lanzando al espacio el grito continuo y ronco de su sirena y agujereando con sus reflectores la nube blanquecina, como envoltura de algodón, que le rodea sin cesar; no tiene otros me-

dios para precaver el choque con otro navío ó el encuentro con un *iceberg*, percances á cual más terribles. Si de repente un resplandor pálido, fantasmal, aclara la neblina, el *iceberg*

está allí cerca, amenazando al buque misteriosamente, sin otro indicio de su presencia que la reverberación blanca y cosquilleante de la luz sobre la superficie de la nieve, y ninguno de su posición respecto al barco; la menor maniobra puede precipitar el choque; no hay sino esperar que la mano del destino separe el obstáculo ó lo arroje contra el buque.

Los *icebergs* son grandes témpanos desprendidos de los glaciares inmensos que existen perpetuamente en las tierras polares y que lanzan al mar millones de metros cúbicos de hielos. Tienen generalmente 20 ó 30 metros de elevación sobre la superficie del mar y ocho ó nueve veces esta longitud en su parte sumergida, habiéndolos de mucho mayor tamaño, que son verdaderas montañas de hielo, y otros, próximos á fundirse, que flotan entre dos aguas, y cuya presencia sólo puede advertirse tomando la temperatura del agua con mucha frecuencia.

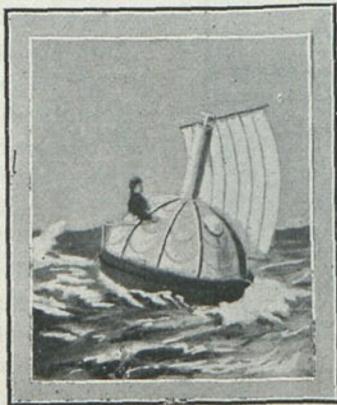


LA BOYA DOBEG Á BORDO

bancos de Terranova, donde forman archipiélagos flotantes, en medio de los cuales se encuentra á veces inesperadamente un buque, siéndole muy difícil librarse del mortal abrazo de las sirenas de nieve, que tal aspecto fantástico revisiten los témpanos, en cuya deslumbrante superficie labran los rayos del sol mil caprichosas y bellas esculturas.

El salvamento en alta mar y en las costas. \* \* \* \* \*

El naufragio inevitable, producido por accidentes fortuitos como los relatados, puede siempre limitarse á la pérdida del buque con el cargamento y las riquezas que contenga, pues la ciencia y la industria han creado medios suficientes para salvar la vida de pasajeros y tripulantes en los más críticos y apurados casos que puedan presentarse; pero si se desdeñan esos medios y se regatea el

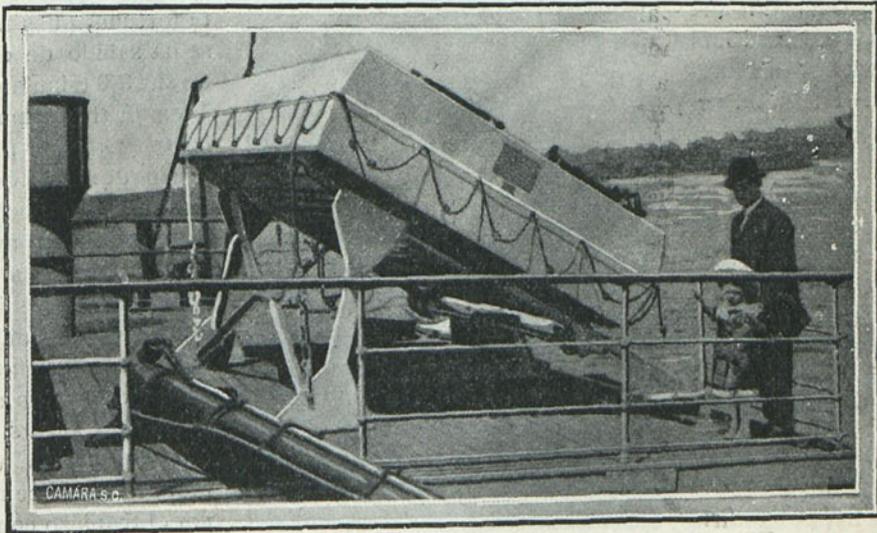


LA BOYA DOBEG NAVEGANDO

sitio que han de ocupar canoas, boyas y almadías para instalar piscinas de natación, cafés y salones de baile, como sucedía en el *Titanic*, no es extraño que ocurran tremendas desgracias.

El salvamento de naufragos en alta mar se confía á diversos útiles y aparatos capaces para un número determinado de personas, y los aparatos de uso individual, como chalecos y cinturones salvavidas.

jas de aire, departamentos estancos y quillas pesadas, de hierro ó plomo; boyas como la Doveg, que admite una veintena de hombres y un equipo completo; almadías como la de M. Matson, provista de departamentos estancos y capaz para 60 personas, pudiendo navegar en caso necesario, y que tiene sobre las canoas la inmensa ventaja de la facilidad de su lanzamiento al mar, para lo que basta mover una palanca, que el más pequeño gru-



•LA ALMADÍA MATSON•. — UN NIÑO PUEDE MOVER LA PALANCA QUE LANZA AL MAR EL APARATO SALVADOR

Los sistemas de estos últimos se cuentan por cientos, reduciéndose todos á dos tipos esenciales: los del inflamiento, automático ó no, y los contruidos de materias ligeras, corcho ó kapok, que aseguran la flotabilidad. Aquéllos tienen el inconveniente de que resultan inútiles y hasta peligrosos si llega á pincharse ó desgarrarse su superficie, aunque se ha perfeccionado mucho su construcción, y éstos tienen en contra su mayor volumen.

Los aparatos de á bordo son chalupas y canoas insumergibles é inzostrables, merced á diversas combinaciones de ca-

mete puede manejar, y algunos otros aparatos combinados de los anteriores, como el Uraed, famoso por haber atravesado el Atlántico en cincuenta días, á pesar de la tempestad, y debido al capitán noruego Brude.

En los naufragios ocurridos cerca de las costas se emplean, con excelentes resultados, las cometas y cañones portañarras, los cohetes de señales y las chalupas de salvamento, dispuestas en las instalaciones costeras que para el caso existen en todos los países civilizados.

Un auxiliar poderosísimo cuenta ya la

navegación para casos de apuro, y que, apenas ensayado hace algunos años, está prestando servicios admirables: la telegrafía sin hilos. Á ella deben la vida los supervivientes del *Titanic* y pasajes y tripulantes de otros muchos buques.

Accidentes y naufragios memorables

Existe en París, expuesto en el Museo del Louvre, un cuadro de Géricault que ha inmortalizado el recuerdo de un naufragio: el de la *Méduse*, fragata francesa que embarrancó el 5 de julio de 1816, y cuyos supervivientes refugiados en una almadía, sufrieron durante doce días los más horribles tormentos del hambre y la sed, llegando á devorar los cadáveres de los que primero sucumbieron, hasta que fueron recogidos á bordo del *Argus*. El cuadro de Géricault representa la almadía y los naufragos en el momento de descubrir el navío salvador.

Un caso de salvación casi milagrosa es el del *Arizona*, magnífico paquebot de servicio en la línea de New-York á Liverpool, que abordó á un *iceberg* en noviembre de 1879, siendo tan terrible el choque, que rompió por completo la proa del buque, abriendo una brecha colosal,

por la que se precipitaba el agua á torrentes. Sólo la decisión del capitán, que sin perder minuto hizo cerrar los compartimientos estancos y armar las bombas, pudo salvar las 550 personas que iban á bordo. El buque, funcionando sin cesar las bombas y caminando muy lentamente, pudo refugiarse en el más cercano puerto de Terranova, amenazando hundirse durante todo el camino.

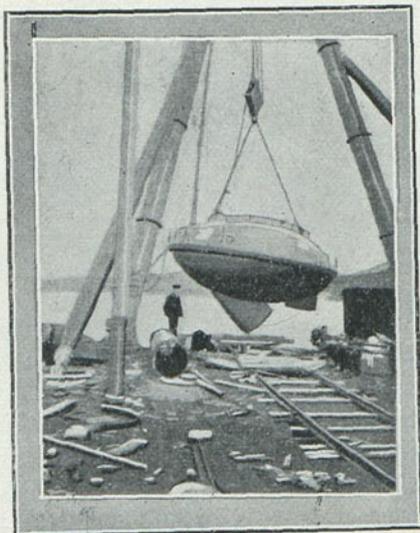
Algo análogo debió ocurrirle al *Huronian*, aunque sin tanta fortuna, pues nada se ha sabido de él ni de sus 350 tripulantes. Y en un trayecto más corto y menos peligroso desapareció, sin dejar tampoco el menor rastro, nuestro *Reina Regente*.

Buques detenidos por el amontonamiento de *icebergs* en torno suyo fueron el *Président Thiers* y la *Gascogne*, este último, con la hélice rota por el tropiezo con un pequeño témpano de hielo—otro peligro de los *icebergs*—, tuvo

que destacar una chalupa con un oficial y varios marinos para ir en busca de socorro.

En estos últimos años se han salvado, gracias á la telegrafía sin hilos, las tripulaciones y pasajes del *Republic*, naufragado el 23 de enero de 1909, y del *Kentucky*, perdido el 4 de febrero de 1910.

E.



«EL URAED». — UTILÍSIMA COMBINACIÓN DE LA BOYA DOVEG Y DEL BOTE INMERGIBLE





## LA DAMA

Pálida, rubia, triste y delicada  
como un tallo de espiga. Virtuosa  
tanto como es altiva y es hermosa.  
Se llama Beatriz. Viste enlutada.

Es doncella tan casta y recatada  
como hábil y sagaz, como hacendosa.  
Aún no sabe de amor. Es ruborosa,  
y es puro el cielo azul de su mirada.

Es huérfana y no sabe de tutores  
que tuerzan el caudal de su dinero.  
Tiene lleno de alhajas y valores

un cofre que la sirve de joyero.  
Y es el amor mayor de sus amores  
un ruiseñor que tiene prisionero.

## SU DUEÑA

Una vieja gruñona, corcovada,  
que es doctora en malicias, y ha perdido  
la cuenta de los años que ha vivido  
hasta hallarse tan seca y arrugada.

Es su boca sinuosa y desdentada.  
Va tocada de un manto tan raído,  
que en sitio que no tenga algún zurcido  
ha de tener por fuerza una puntada.

Ha tenido de todas profesiones,  
prestándose tan pronto á ser tercera  
como á gancho de lumias y de hampones.

Y por bien doctorarse en su carrera,  
con arte disfrazó sus aficiones  
y ahora oficia de dueña picotera.

## EL GALAN

Porte noble y gentil, de su talante  
habla bien su bigote retorcido.  
Filósofo y poeta, es entendido  
en la ciencia del alma y no es pedante.

Lleva siempre compuesto su semblante  
con un gesto de estar bien complacido,  
y es su timbre de voz de tal sonido  
que cautiva á quien habla en un instante.

Es mayorazgo de cumplida casa,  
siendo dueño de bienes de fortuna  
que peca más de holgada que de escasa.

Trae nobleza y caudal desde la cuna,  
y en tanto llega Amor, su tiempo pasa  
amando el beneficio de la luna.

## COMENTARIO

Entre la Dama y el Galán  
es un puente tendido la Dueña.  
Ella es sabia.—Los dos se unirán  
si en lograrlo oficiosa se empeña.

JUAN LEIRADO.

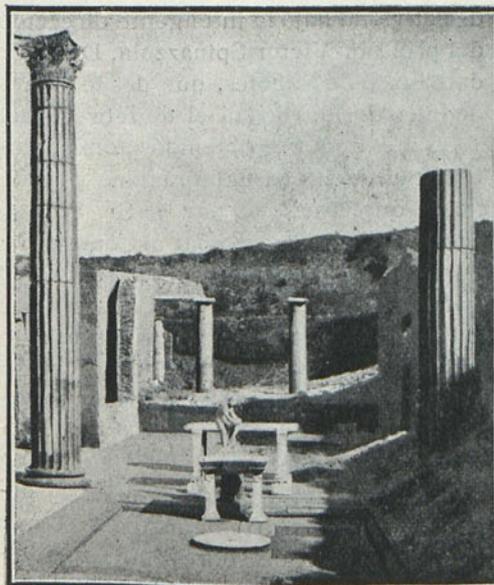


# LA VISIÓN DEL PASADO

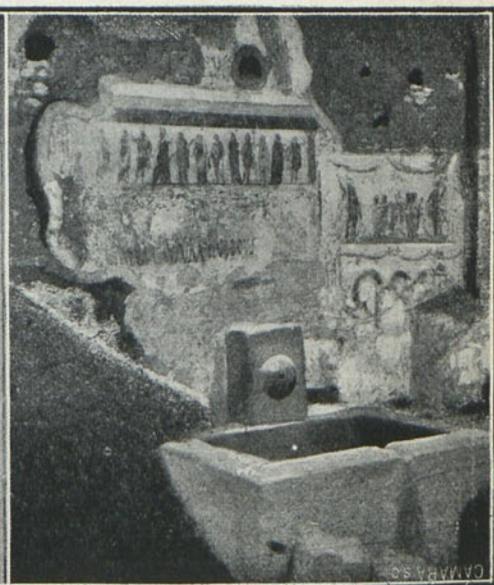
## POMPEYA MUESTRA SU SECRETO

Herculano, Pompeya y Stabia, tres ciudades de origen griego, cuya fundación se remonta á fabulosas épocas, sometidas á la dominación romana, trescientos años antes de Jesucristo, fueron enterradas bajo las cenizas volcánicas, bajo las incandescentes materias vomitadas por el

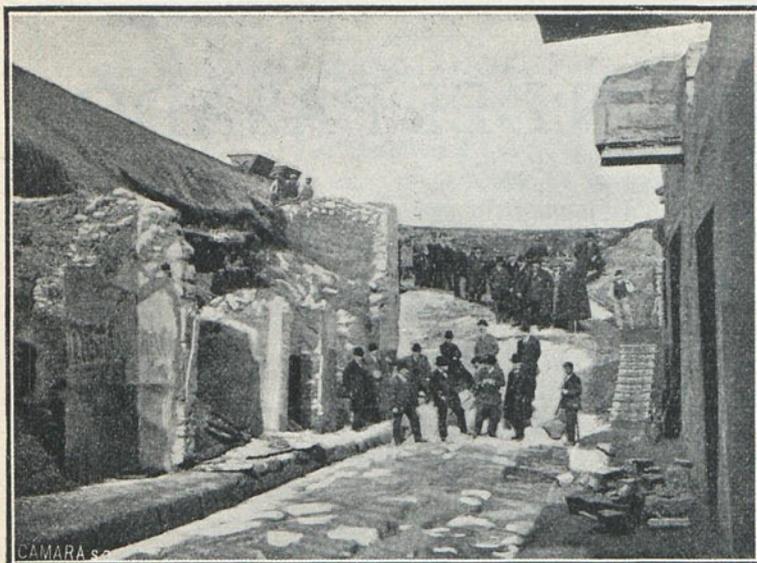
Vesubio, en cuyos flancos estaban emplazadas, allá por los años 63 ó 65 de la Era Cristiana, y guardadas en las entrañas de la tierra, se han conservado á través de los siglos, para transmitir á las presentes generaciones una fiel idea de lo que era en ellas la vida doméstica y pú-



LA CASA DE OBELLIUS FIRMUS  
ATRIO Y PERISTILO DE ESTA ESPLÉNDIDA MORADA



FUENTE PÚBLICA SITUADA BAJO UNOS FRESCOS  
QUE REPRESENTAN LOS DIOS DEL OLIMPO



CALLE DE LA ABUNDANCIA; RECIÉN DESCUBIERTA, EN LA QUE SE VEN ALGUNAS CASAS CUYOS BALCONES SE HAN PODIDO CONSERVAR EN PARTE

blica en el primer siglo de nuestra Era.

Más de mil setecientos años se ha ignorado hasta el lugar de sus emplazamientos. A principios del siglo XVIII se encontró en la casa de campo del Duque de Sorraíne una mina, rica en objetos de arte. Comenzadas inmediatamente las excavaciones, en diciembre de 1738 se descubría el teatro de Herculano. Años más tarde, un campesino que cavaba en las inmediaciones del pueblo llamado *Torre de l'Annunziata*, rompió con un azadón el chapitel de una columna. Pompeya fué descubierta.

Un recinto de murallas la rodea irregularmente. A la ciudad, que puede contener treinta ó cuarenta mil habitantes, se entra por la vía Augusto, *pagus Augusti felicitis*, que bordean magníficas tumbas. Sobre la puerta de entrada de cada una de las casas podéis leer el nombre del que fué su dueño; está escrito con tinta roja: *Albinus, Parsa, Arius Diomedes...* Inmenso número de monumen-

tos, de templos, de columnas la llenan completamente, siendo testimonio vivo del amor á las artes de sus moradores. Aquí, un vasto anfiteatro; allá, la Basílica, donde se administraba justicia; más allá, los templos de Venus, de Mercurio, de Isis, de Júpiter... monumentos todos de arquitectura griega, y en los cuales resalta principalmente el orden dórico.

Las excavaciones sucesivamente ejecutadas por órdenes de Carlos III, Fernando I, Joaquín Murat y otros muchos, han entrado ahora en un nuevo período de actividad bajo la inteligente dirección del profesor Víctor Spinazzola, Director del Museo de Nápoles, que desde el mes de julio de 1910 hasta el de febrero del presente año ha obtenido admirables resultados en sus exploraciones, resultados que, invitado por el Sr. Spinazzola, ha podido comprobar el Consejo Superior de Antigüedades y Bellas Artes de Italia.

El método seguido en estas últimas excavaciones, tan hábilmente dirigidas, es un trabajo enorme de paciencia y observación minuciosa. Consiste en ir estudiando detalladamente las posiciones en que se van encontrando los restos y objetos, para colocarlos luego en la que ocuparon antes de sobrevenir la catástrofe. Así se va obteniendo una asombrosa reconstitución, con la más perfecta

exactitud, no ya de casas y estatuas, sino también de escenas de muerte.

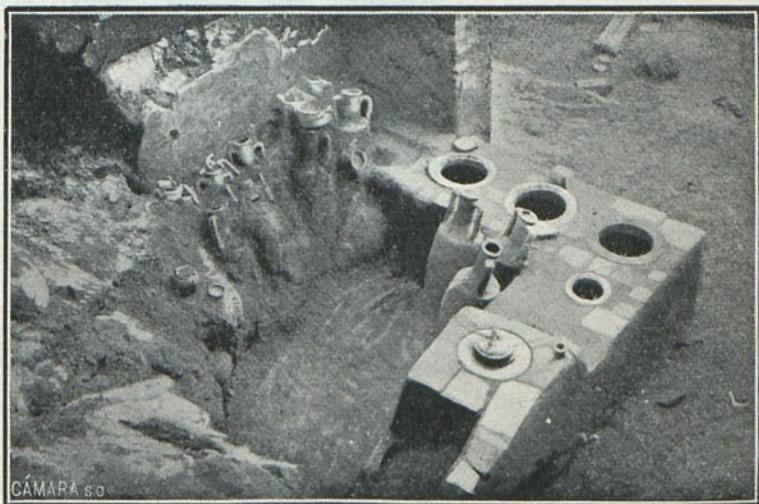
La «Casa del Conde de Turín», así llamada por haber presenciado éste los primeros trabajos de su descombro, muestra hoy, completamente al descubierto, las altas columnas del peristilo; un vasto atrio, en cuyo centro se alzan unas estatuas ornadas de inscripciones, en las que ha podido leerse el nombre de su propietario, *Obellius Firmus*. En este atrio se encuentra, además, una fuente con multitud de caños; y dentro de esta espléndida morada, que ocupó uno de los principales ciudadanos de Pompeya, se ofrece á la vista del curioso visitante un impresionante cuadro de horror. Bajo el umbral de una puerta yacen seis cadáveres: los de *Obellius Firmus* y su familia. Dos niños, de los cuales las cabecitas reposan la una sobre la otra, parecen abrazarse; no lejos de ellos, el padre y la madre, asidos de las manos; y al lado opuesto, dos esqueletos más, esclavos sin duda, de los que las contorsiones de sus miembros prueban sus últimos y enormes terrores. En esta misma casa, no lejos de los anteriores, se ha encontrado otro cadáver, no menos impresionante que aquéllos: un hombre caído sobre su espalda, las manos crispadas, y que conserva todavía, entre las piernas en alto, la rama del árbol, sobre el cual en su alojamiento habíase subido, tratando

de huir del peligro que le amenazaba.

El profesor Spinazzola ha prohibido que todos estos cadáveres vayan á aumentar el osario de Pompeya, y ha ordenado que, separadas las cenizas que los envolvían, sean dejados en el mismo sitio en que han sido encontrados, para que los visitantes puedan ver con todo su realismo las impresionantes escenas.

Otros de los originales descubrimientos del citado profesor, son los realizados en la calle de la Abundancia, descubrimientos superiores á cuantos hicieron sus predecesores en la mencionada calle. En un ángulo, detrás de una fuente pública, se ha encontrado un fresco de gran tamaño, que representa las doce divinidades del Olimpo, y otro más pequeño, en el que se ven cuatro sacerdotes ofreciendo un sacrificio á los dioses lares.

Pero el descubrimiento más importante de todos es el de un *Termopolio*, que no era en la antigüedad más que lo que es en nuestros días el bar. En él se han encontrado multitud de objetos curiosísi-



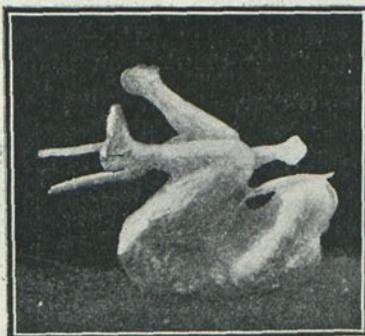
«EL TERMOPOLIO», ESPECIE DE «BAR», EN CUYAS RUINAS SE VEN LOS HORNOS DONDE SE PREPARABAN FRITURAS Y GOLOSINAS; ÁNFORAS PARA LAS BEBIDAS Y OTRA PORCIÓN DE OBJETOS CURIOSÍSIMOS

mos: una quincena de ánforas de bronce, de vidrio, de arcilla, que debían contener brebajes diversos, vasos, botellas, una caja con varias monedas de oro y de plata—lo recaudado en el bar durante el día del desastre—, y un aparato para calentar el agua y toda clase de bebidas, que además de la tapadera tiene un pequeño tubo para dar salida al humo. Todos estos objetos son conmovedores, evocan lo ordinario, lo habitual de la vida

común de un pueblo grande, de una gran-  
de época también, que desapareció en un  
instante, víctima de las iras del Vesubio.

Es de esperar que si las autoridades no vuelven á las incurias pasadas, dentro de poco, y bajo la acertada dirección de Víctor Spinazzola, Pompeya resurgirá por completo, y el Sol, después de muchos siglos, volverá á iluminar sus anchas vías, sus grandes monumentos, sus maravillas todas...

UNO DE LOS CUERPOS HALLADOS ENTRE  
LOS ESCOMBROS, EN ESTA IMPRESIONAN-  
TE POSICIÓN



# LA MUJER Y LA POESÍA

No existe ningún género literario que favorezca tanto á la mujer como la poesía expresada en verso. Hay libros escritos con espíritu de poeta que tratan asuntos transcendentales ó novelescos, pero en este caso no suelen reunir las condiciones de la poesía versificada. La novela, y en general el libro de tesis, tiene el inconveniente de que crea tipos en los que entran por igual rasgos verdaderos é inventados, y resulta un conjunto falso, que perjudica á la credulidad de la mujer. *La heroína*, sea cualquiera su género, es perjudicial, como lo es toda exaltación en cualquier sentido.

En este punto las protagonistas de las novelas ideales ó naturalistas se hacen por el mismo procedimiento.

Se ha observado, desde muy antiguo, la influencia funesta que la mujer novelable ejercía sobre la mujer real, y se nos han querido limitar las lecturas. Los que con esa errónea creencia hicieron la selección de nuestros libros condenaron, en primer lugar, el verso, cuyo apasionamiento é idealidad se pensó que podía perjudicar á las imaginaciones fogosas, en la monotonía de la vida, propia de nuestras costumbres.

Nada más lejos que eso, como decía antes; la poesía es el único género que, lejos de perjudicar á la mujer, la eleva y la enaltece. Para comprobar este aserto basta fijarnos en la generosidad del poeta. Canta á la mujer como la ve y la en-

cuentra, la da su homenaje y la concede todos los atributos; trata de fotografiarla mezclando á sus perfecciones físicas los ensueños de su amor. Jamás da tipos hechos; jamás nos crea.

Así, la poesía en verso no da nunca modelos que imitar. Da sentimientos, y como condición precisa de éstos es que sean bellos, si han de ser poéticos, resulta que no pueden ser peligrosos, puesto que el sentimiento de la belleza se confunde con el sentimiento del bien.

Hay veces en que la moda, el deseo de originalidad, el despecho ú otro movimiento análogo, ha llevado al poeta á dirigir diatribas á las mujeres. Se encuentran ejemplos de esto en los clásicos griegos y latinos; después, especialmente en los poetas italianos. Como Alamani, que en el siglo xv, imitando al griego Simónides, decía en su *Sátira contra las damas*:

«Quien anda tras mujer anda tras guerra,  
y por deciros la verdad, en suma,  
anda tras cuanto mal hay en la tierra.»

\* \* \*

Y siguen por el mismo camino sus sucesores, y las maltrata en ocasiones Byron, y las abomina Leopardi, y las satiriza Heine, y las maldice Espronceda, y las desprecia Bécquer, diciendo á una miope del entendimiento:

«Lo que hay en mí que vale algo,  
Eso... ni lo pudiste sospechar.»

Pero ninguno es sincero. Limitándonos á los que están más cerca de nosotros, podemos ver que Byron y Heine fueron amadores impenitentes del sexo femenino; que Leopardi recibió de manos de mujer todos los consuelos piadosos que llegaron á su triste vida; que la gloria de Espronceda y la dulzura de Bécquer han nacido de un amor inmenso, inspirador y soberano.

La mujer ha parecido siempre distinguir la esencia de ese amor y no ha tomado en cuenta las diatribas y maldiciones. Precisamente sus poetas son los grandes amadores, los que han sabido agonizar de pasión. Ellos, los poetas del amor, serán siempre los poetas de la mujer.

Canta la musa moderna en verso adelantando el progreso y de la industria; quiere invadir el campo de la didáctica y de la investigación filosófica; pretende sustituir con la descripción de lo exterior, la cual no puede tener en nuestro tiempo la grandeza de los épicos tiempos pasados, todo lo de interno, lo de delicado, lo de tenue y querido que sedimenta la poesía en el alma. Esa clase de composiciones llegará sólo á complacer á los eruditos, á los preceptistas; jamás conmovirá un corazón, y el aplauso del sabio, lisonjero para todos, debe ser menos apreciado para el poeta que el aplauso de la mujer, porque el sabio juzga con la cabeza, y la obra artística hay que juzgarla, ante todo, con el corazón.

En nuestra generación tal vez no hay más que un solo poeta que realice el ideal del poeta de la mujer, al mismo tiempo que puede con su mérito resistir la más escrupulosa y menos benévola crítica literaria: Juan Ramón Jiménez. El solitario de Moguer, que solo, en su ciudad vieja, envidiado sin envidiar, libre de ambiciones y de fanatismos, sin contaminarse con los males literarios, y emanci-

pado de preceptivas, canta sus visiones, sus impresiones y sus sueños con verdadero acento de poeta. Él no busca la inspiración en torno suyo, la lleva dentro de su sér. El secreto del genio no es otro que el de saber ser sincero. Juan Ramón es sincero con belleza. Parece que murmura su poesía á media voz; la adivinamos más que la oímos, y al través de palabras verde-luz y verde-oro, que escoge ó crea con pasión de artífice del hablar castellano, se vislumbra más que dice. Nos asomamos á un inmenso fondo de belleza, como si viéramos el sol al través de una entornada vidriera gótica.

Por él entendemos lo que es el «olor de tierra y sombra» y el de «islas lejanas y resaca», y por él vemos los dolores suaves de las pobres almas blancas y buenas que tienen que cantar porque no han hallado quien escuche sus balbuceos.

Cito á Juan Ramón (sin conocerle personalmente), porque encuentro sólo en él un continuador de los poetas medioevales, sinceros y originales, y el único que con justeza merece ser llamado, en estos momentos, el poeta de la mujer. Los que pretenden hacer un encasillado literario lo tachan de «mono corde». Ellos no sabrán nunca comprender la sencillez de la línea griega.

La verdadera poesía no debe tener centellos de sol exagerados, ni una fuerza ficticia en la expresión. El verdadero arte usa pocos recursos de artificio. Si comparamos el verso con las artes plásticas para tener un ejemplo más material, veremos cómo Ticiano, rey del color, consigue con sólo tres tonos, blanco, ocre y negro, los maravillosos efectos de su auto retrato. Wistler, con los mismos colores, consiguió el sorprendente retrato de su madre y el de Tomás Carlyle. Este artista se complacía en pintar con el menor número de colores posible, produciendo sus prodigiosas *armonías*

en ocre y negro, ó en oro y azul, que dan en su sobria combinación todos los matices de la Naturaleza.

Maravilla de simplicidad, producida con escasos colores, son los tonos armoniosos da «La maja desnuda», de Goya. Inútil seguir citando. Nadie habló jamás de pobreza de color en estos tres pintores, que emplearon tan pocos. No se necesita que se vea el bermellón para conseguir la carne rosada. Del mismo modo el poeta no necesita hablar del sol ni de los colores para darnos la sensación de ellos. Basta que nos hable de un amanecer para que experimentemos la impresión de todos los tonos de la aurora, del campo con sus matices policromos y del frescor del rocío. Es que una gran parte de la poesía ha de estar en nosotros, si no, se nos habla en un idioma desconocido.

Todos los grandes poetas de la antigüedad han sido sencillos, sin ser por eso pueriles. En la actualidad los grandes maestros buscan la simplicidad, quizás á veces de un modo demasiado exagerado para ser sensible.

Francis Jammes dice:

«Las mousches volent au vitres  
pendan que je pense à toi  
tout est triste come moi  
tout est triste...»

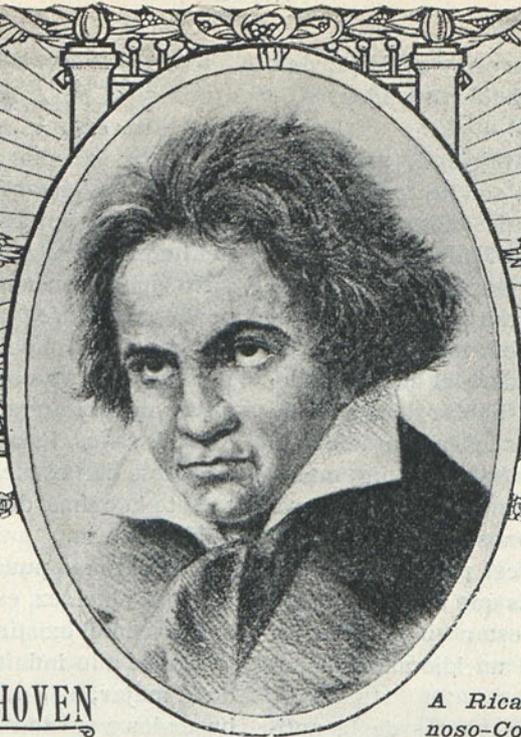
Emile de Verharen, la Condesa de Noilles, todos siguen esta manera primitiva, tan llena de gracia y de encanto.

No puede ser nunca «mono corde» un poeta que *siente la idea* mejor que la razón concibe la palabra para expresarla. Á *ideas suyas* corresponden *palabras suyas*, y tiene que valerse de las *palabras de todos*. Ellos nos dan la sensación de lo que han escuchado misteriosamente ante la calma del mar ó el silencio de la Naturaleza.

Sólo el poeta puede expresar esa dulce paz, esa placidez, esa mezcla de nuestro existir con el existir del Universo. Por él llegamos á lo infinito. Esta es la poesía de la mujer, más aún que la de recursos buscados y grandes emociones de relumbrón. La poesía sana, con la que sabe rimar toda sensación de nuestro espíritu y ser para el alma agua castalia, que la santifica y la hace comprensiva y bondadosa.

CARMEN DE BURGOS.





## BEETHOVEN

A Ricardo Donoso-Cortés ❖

Los labios contraídos en rictus de amargura,  
flotante la rebelde melena de león;  
los ojos son abismos de trágica negrura  
abiertos en las cimas de la Desolación.

El clavicordio ruge con épica bravura,  
estalla en delirantes sollozos de pasión...  
El clavicordio canta poemas de ternura  
rimados en estrofas de cálida emoción.

Se deslíe en la noche un aroma abrileno...  
Vierte un rayo de plata su claridad de ensueño  
sobre el lírico encanto del paisaje dormido...

Beethoven llora el drama de un amor sin fortuna,  
y en el silencio tiembla, como tenue gemido,  
la querella romántica de su *Claro de luna*.

ENRIQUE RUIZ DE LA SERNA.

Retrato por Ernesto Marcos

Amalia

# "LO CASTIZO,, TARANTAS.

Molina.

Letra de Enrique Nieto de Molina

Música del mro Luis Romo.



*Allegro moderato.*



a rosa de alma grande y unugarbosa con el corazón for- mado  
 en el caligo de una rosa castiza como ella es la ay es la mujer espa-  
 ñola

Musical score details:  
 - Key signature: One sharp (F#)  
 - Time signature: 2/4  
 - Instrumentation: Voice and Piano (Viola)  
 - Dynamics: *Poco*, *Pizz*  
 - Performance markings: *Peque*, *in ta y a t a n g i*

Canto. *ad libitum*

The first system of the musical score consists of three staves. The top staff is the vocal line, starting with a treble clef and a key signature of one sharp (F#). It begins with a rest, followed by a melodic phrase. The middle staff is the piano accompaniment, starting with a bass clef and a key signature of one sharp. It features a rhythmic pattern of eighth and sixteenth notes. The bottom staff continues the piano accompaniment with chords and arpeggiated figures. The system concludes with a double bar line and a repeat sign.

The second system of the musical score consists of three staves. The top staff is the vocal line, starting with a treble clef and a key signature of one sharp. It contains the lyrics: "Yo vi maream pa ja. rillo o quevenia a. le. tean". The middle staff is the piano accompaniment, starting with a bass clef and a key signature of one sharp. It features a rhythmic pattern of eighth and sixteenth notes. The bottom staff continues the piano accompaniment with chords and arpeggiated figures. The system concludes with a double bar line and a repeat sign.

The third system of the musical score consists of three staves. The top staff is the vocal line, starting with a treble clef and a key signature of one sharp. It contains the lyrics: "pa. rando amini pe. el. o gorjeaba ansipi ran. do". The middle staff is the piano accompaniment, starting with a bass clef and a key signature of one sharp. It features a rhythmic pattern of eighth and sixteenth notes. The bottom staff continues the piano accompaniment with chords and arpeggiated figures. The system concludes with a double bar line and a repeat sign.

The fourth system of the musical score consists of three staves. The top staff is the vocal line, starting with a treble clef and a key signature of one sharp. It contains the lyrics: "las penas de su - a - querer y las llo - ra - ba can - tando". The middle staff is the piano accompaniment, starting with a bass clef and a key signature of one sharp. It features a rhythmic pattern of eighth and sixteenth notes. The bottom staff continues the piano accompaniment with chords and arpeggiated figures. The system concludes with a double bar line and a repeat sign.

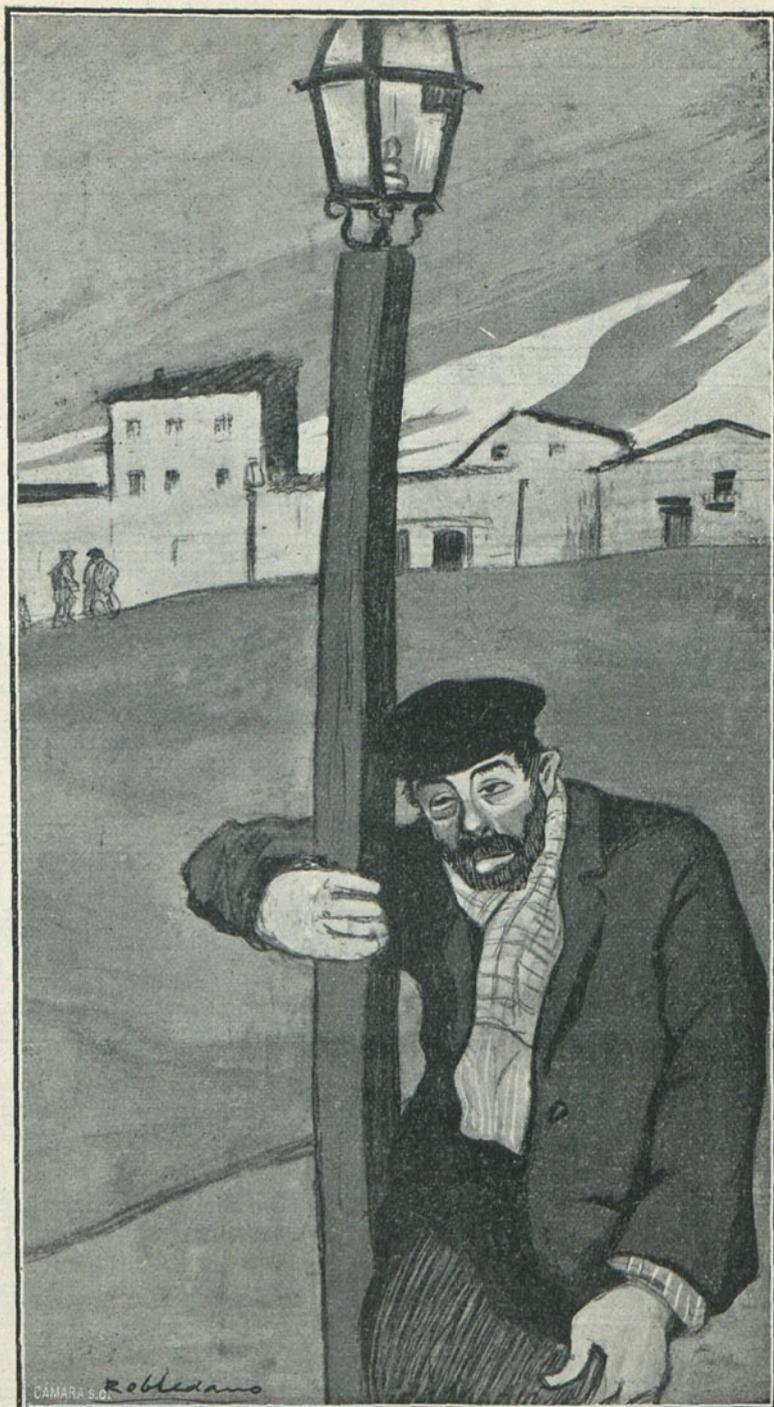
# LA CUESTIÓN DEL ALUMBRADO

JUZGADA  
POR  
UN TÉCNICO



— ... Indudablemente: el farol es un amigo del hombre...

(Por Robledano.)



# Los alumnos de Ingenieros Industriales.

En marzo del año anterior se dictó por el Ministerio de Fomento un Real decreto creando el Cuerpo Nacional de Ingenieros industriales y asignándole en conjunto algunas de las atribuciones que debía tener. Según vieja costumbre de nuestro país, aquella disposición no se ha llevado á efecto y, antes al contrario, aparecen cada día nuevas Reales órdenes que tienden á limitar el campo de esta ingeniería, con evidente perjuicio para el desarrollo de determinadas industrias nacionales, á las que se priva de la intervención de sus técnicos.

Tal estado de cosas, según impresiones re-

cogidas por nosotros cerca de los alumnos de Ingenieros industriales, ha motivado la protesta de éstos que, después de emplear largo tiempo en hacerla llegar por todas las vías legales á oídos de los ministros, convictos de la razón que asiste á estas reclamaciones, han acordado unánimemente abandonar una carrera que tantos sacrificios les exige sin ninguna compensación.

El día 10 del corriente mes se ha celebrado en Madrid una importante asamblea por los Ingenieros industriales de toda España, á la que han asistido los alumnos de las tres escuelas de Madrid, Barcelona y Bilbao.



LA COMISIÓN QUE GESTIONA EL ASUNTO

portante asamblea por los Ingenieros industriales de toda España, á la que han asistido los alumnos de las tres escuelas de Madrid, Barcelona y Bilbao.



LOS ALUMNOS REUNIDOS PARA ACORDAR LA SUSPENSIÓN DE ESTUDIOS

# LA FIESTA DEL SAINETE • LA ACADEMIA • EL ATENEO



DETALLE DE LA MATINÉE VERIFICADA EN APOLO A BENEFICIO DE LA ASOCIACIÓN DE LA PRENSA.  
LOS PALCOS EN LA FIESTA DEL SAINETE, ADORNADOS CON ARTÍSTICOS MANTONES DE MANILA



D. JOSÉ GARNEÑO, NUEVO ACADEMICO DE LA DE BELLAS ARTES

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando ha recibido el día 14 de Abril al laureado pintor D. José Garrido, elegido recientemente para tan prestigioso cargo.

En el Ateneo de Madrid, casa de las ciencias y de las artes, ha dado un admirable concierto de piano la bella señorita Mercedes Padrosa, que en diferentes ocasiones tiene ya logrados muy legítimos triunfos.



SRTA. MERCEDES PADROSA, NOTABLE CONCERTISTA DE PIANO

# EL GIGANTE

DE OSCAR WILDE

Todas las tardes, al volver de la escuela, acostumbraban los niños á jugar en el jardín del gigante.

Era un gran jardín solitario, cubierto de suave césped verde. Aquí y allá, entre el césped, bellas flores brillaban como estrellas, y había doce duraznos que en la primavera floreaban en delicadas inflorescencias blancas y rosadas, y en otoño cargaban hermosos frutos.

Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan deliciosamente, que los niños interrumpían el juego para escuchar.

— ¡Cuán dichosos somos aquí! — se decían unos á otros.

Un día regresó el gigante.

Habíase ido á visitar á su amigo el ogro de Cornualles, y habíase pasado siete años con él. Al cabo de los siete años, habiendo dicho cuanto tuviera que decir, porque su conversación tenía un límite, resolvió volver á su castillo.

Al llegar, vió que los niños invadían el jardín.

— ¿Qué hacéis aquí? — gritó con voz avinagrada.

Y los niños huyeron.

— Mi jardín es solo mío — prosiguió el gigante—. Todo el mundo debe comprenderlo, y nadie, sino á mí, permitiré la entrada.

Lo rodeó, pues, de un alto muro, y colocó sobre éste un aviso:

«Se prohíbe la entrada, bajo pena de acusación.»

Era un gigante muy egoísta.

Los pobres niños no tenían ya lugar de recreo.

Trataron de jugar en el camino: pero el camino estaba lleno de polvo y de piedras duras, y no fué de su agrado.

Acostumbraron entonces, cuando la lección concluía, á pasear en torno del alto muro y hablar del hermoso jardín cerrado.

— ¡Qué dichosos éramos! — se decían unos á otros.

Llegó en tanto la primavera, y en toda la región hubo florecitas y pajarillos.

Sólo en el jardín del gigante egoísta persistía el invierno.

Los pájaros no se cuidaban de cantar en él desde que no había niños, y los árboles olvidaron florecer.

Una vez una linda flor alzó la cabeza sobre el césped; mas, al mirar el aviso, tanto se entristeció pensando en los chiquillos, que volvió á dejarse caer en tierra y se durmió.

Los únicos que se regocijaron fueron el hielo y la nieve.

— La primavera ha olvidado este jardín — se decían —. Vamos, pues, á vivir en él por todo un año.

Invitaron al viento del Norte á pasar una temporada. Aceptó y vino. Llegó cubierto de pieles. Rugía el día entero en el jardín y derribaba las chimeneas.

— Es un lugar delicioso — exclamaba —. Pediremos al granizo que nos haga una visita.

Y llegó también el granizo.

Todos los días, tres horas seguidas, tamborileaba en el techo del castillo, y entonces hacía la ronda del jardín tan presto como podía.

Estaba vestido de gris y su aliento era de hielo.

— ¡No comprendo porqué tardará tanto la primavera!—decía el gigante egoísta cuando desde la ventana miraba su jardín, blanco y glacial. — Quisiera que cambiara el tiempo.

Pero la primavera no venía, ni el estío tampoco.

A todos los jardines llevaba el otoño frutos de oro, mas no tenía ninguno para el jardín del gigante.

— Es demasiado egoísta — dijo.

Y había siempre invierno en la casa del gigante, y el viento del Norte y la nieve y el hielo y el granizo danzaban entre los árboles.

Una mañana el gigante, ya despierto, permanecía en el lecho, cuando oyó una música deliciosa. Tan dulce sonó á sus oídos, que supuso pasasen por allí los músicos del rey.

En realidad, era uu chorlito que cantaba á su ventana; pero desde tanto tiempo atrás no oía el canto de un pájaro en su jardín, que le pareció la más bella música del mundo.

Entonces el granizo dejó de danzar sobre la cabeza del gigante y el viento del Norte también dejó de rugir. Un delicioso perfume llegó hasta él, á través de la vidriera entornada.

— Creo que al fin llegó la primavera— se dijo.

Y el gigante saltó del lecho y miró. Miró un extraño espectáculo. Por una brecha del muro habíanse colado los niños al jardín, y se habían trepado á las ramas de los árboles. En todos los árboles que podía ver, había un chiquillo; y tan felices eran los árboles con soportar nuevamente á los niños, que estaban cubiertos de flores y agitaban graciosamente sus brazos sobre las cabezas infantiles.

Los pájaros volaban de una rama á

otra y charloteaban con embeleso, y las flores sacaban las cabezas de las hierbas y reían.

En un solo rincón duraba aún el invierno, en el más lejano del jardín.

Allí estaba un pequeñito. Tan pequeño, que no pudo alcanzar las ramas del árbol y daba vueltas alrededor, llorando amargamente.

El pobre árbol estaba todo cubierto de nieve, y el hielo se tendía á sus pies, y el viento del Norte lo azotaba.

— Sube — decía el árbol.

Y le tendía las ramas hasta abajo cuanto podía; mas el chico era demasiado pequeño.

El corazón del gigante se oprimió cuando lo hubo visto.

— ¡Cuán egoísta he sido! — pensó. — Ahora sé ya porqué no ha querido venir la primavera. Subiré á aquel niño á la cima de él, derribaré el muro, y mi jardín siempre servirá de recreo para los niños.

Y se arrepentía verdaderamente de lo que había hecho.

Entonces bajó las escaleras, abrió suavemente la puerta de entrada y se dirigió al jardín.

Pero apenas le vieron los chicuelos, se aterrorizaron tanto, que emprendieron la fuga, y el jardín volvió á ser invernal.

Sólo el más pequeño no había huido, porque llenos de lágrimas estaban sus ojos y no pudo ver que el gigante se acercaba.

Y el gigante se deslizó tras de él, lo tomó delicadamente en brazos, y lo subió al árbol.

Y el árbol floreció al punto; los pájaros vinieron á posarse en él y cantaron, y el niño echó los brazos al cuello del gigante y lo besó.

Y los otros niños, así que vieron que el gigante no era ya malo, acudieron, y con ellos acudió la primavera.

— Vuestro es el jardín desde ahora, pequeños — dijo el gigante.

Y con una enorme hacha derribó el muro.

Y cuando las gentes se dirigían al mercado, al mediodía, encontraron al gigante que jugaba con los niños en el más bello jardín que se haya visto.

Todo el día estuvieron jugando; y al anochecer fueron á despedirse del gigante.

— ¿Adónde está vuestro compañero — les dijo —, el que yo he trepado al árbol?

Era á él á quien más amaba el gigante, porque lo había besado.

— No sabemos — respondieron los niños. — Se ha marchado.

— Decidle que no deje de venir mañana — recomendó el gigante.

Pero los niños replicaron que no sabían dónde habitaba y nunca antes lo habían visto.

Y el gigante se entristeció del todo.

En las tardes, á la salida de la escuela, los niños venían á jugar con el gigante; mas no volvió á verse á aquel pequeño á quien el gigante amaba. Y era bueno, y los quería á todos; pero echaba de menos á su primer amigo, y con frecuencia hablaba de él.

— ¡Cómo desearía verle! — decía á menudo.

Pasaron los años, y el gigante envejeció, debilitándose. No podía tomar parte en los juegos, permanecía sentado en un gran sillón y miraba á los niños, y admiraba su jardín.

— Tengo flores muy bellas — se decía —. Pero los niños son las más bellas de las flores.

Una mañana de invierno, á tiempo que se vestía, miró por la ventana.

No detestaba ya el invierno: sabía que no es sino el sueño de la primavera y el reposo de las flores.

De súbito se frotó los ojos sorprendido, y miró con atención.

Cierto; era una visión maravillosa.

Al extremo del jardín había un árbol casi cubierto de lindas flores blancas. Sus ramas eran todas de oro; los frutos, de plata, y bajo el árbol estaba el pequeñín á quien amaba.

El gigante bajó de un salto la escalera, transportado de gozo, y penetró al jardín.

Á toda prisa atravesó los prados y se llegó hasta el niño. Y cuando estuvo junto á él, se enrojeció de ira su rostro y le dijo:

— ¿Quién te ha herido?

En las palmas del niño había la huella de dos clavos, y asimismo las había en los pies.

— ¿Quién ha osado herirte? — gritó el gigante —. Dímelo, que traeré una gran espada y lo mataré.

— No — dijo el niño —. Son heridas de amor.

— ¿Qué es? — dijo el gigante.

É invadido de un respetuoso temor, se arrodilló ante el niño.

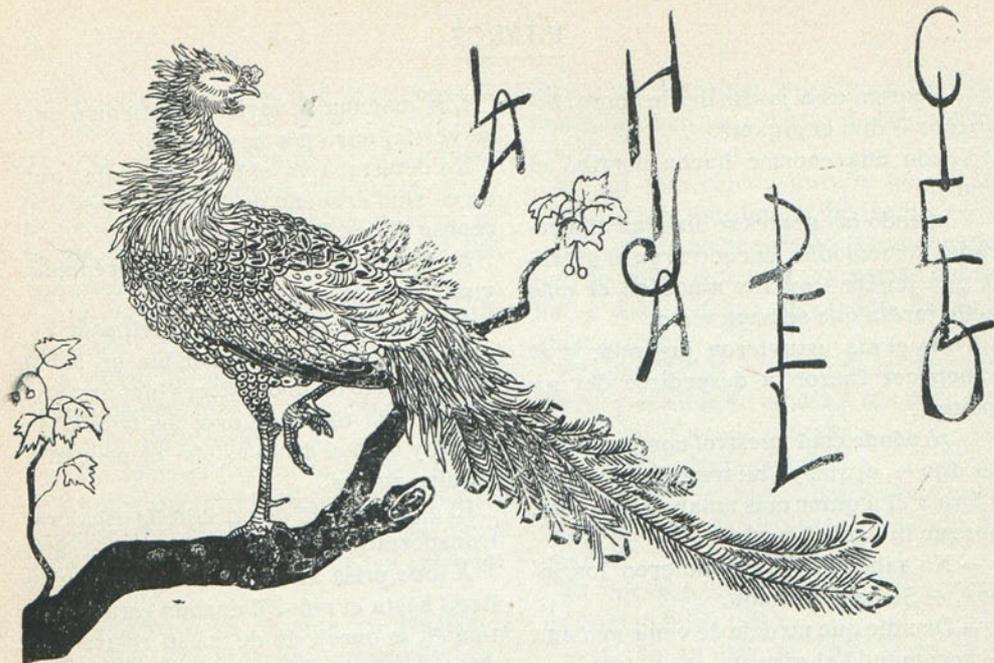
Y el niño le sonrió, y dijo:

— Me has dejado jugar una vez en tu jardín. Hoy vendrás conmigo al mío, que está en el Paraíso.

Y cuando los niños llegaron aquella tarde, encontraron al gigante muerto bajo el árbol, todo cubierto de blancas flores.

OSCAR WILDE.





## NOVELA CHINA

**RESUMEN DE LAS PARTES ANTERIORES:** *La emperatriz Yu-khar comienza el relato de su vida. Nació de unos humildes leñadores, que, no pudiendo sostener tantos hijos, decidieron matarla, costumbre generalizada en aquella región del Imperio para tales casos. Un vecino rico la compra para esposa de uno de sus hijos, salvándola así de la muerte. Continúa viviendo con sus padres hasta la edad de casarse, y al llevar la comida a los leñadores, se encuentra un día con un joven que se enamora de ella, logrando ser correspondido. Este joven resulta ser hermano de su prometido esposo, cosa que echa por tierra las ilusiones de los enamorados. Se marcha él a Pekín, donde llega á ocupar altos cargos, y ella se casa, no logrando tener hijos, lo cual, aparte de la antipatía que le profesan su suegra y su cuñada, es causa de disgustos y discusiones, hasta que Lung, su esposo, toma una concubina, que fraterniza primeramente con Yu-khar, pero que se torna agresiva y displicente al quedar embarazada. El padre de Lung plantea el divorcio y Yu-khar se refugia en un barco de flores, donde halla cierto día á Fenk-hao, su amante del bosque, con el que marcha á Pekín. Pasan una temporada en pleno idilio y durante ella se convierte Yu-khar al budismo.*

*Por la capital se ha divulgado la noticia del regreso de Fenk-hao, acompañado de una hermosa mujer, y temen los amantes que los enemigos de aquél aprovechen esto para urdir alguna intriga en contra suya.*

*Así es, en efecto, pues el emperador nombra á Fenk-hao virrey del Sud y á Yu-khar dama de honor de la corte, donde es muy considerada por Nu-kua, la favorita imperial. Muere poco después el Hijo del Cielo y al propio tiempo se entera Yu-khar de que Fenk-hao ha perecido víctima de una sublevación. Entonces se retira á un convento de monjas budistas.*

Las comidas en comunidad eran pobres y sobrias, pero después cada religiosa podía tomar lo que gustase, cómo y cuando le pareciera bien, de la bien provista despensa del convento. No era

excesiva en este punto la mortificación de las hijas de Budha.

Y respecto á la castidad de bonzos, sacerdotes, monjas y campesinos, la conciencia de cada uno era la única autori-

dad competente en ello, sin que al parecer ejerciera demasiado rigurosamente sus funciones en la revuelta confusión de unos y otros.

La hora de la meditación reunía á toda la comunidad en la pagoda; el sacerdote leía algún trozo de los libros sagrados y comentaba su contenido, explicándolo y exhortando al cumplimiento de los santos preceptos para llegar á la suprema iluminación espiritual.

Razón tenía Sidarta al anunciarme que no hallaría en el convento lo que esperaba. Pero siendo mi único objeto consagrarme á los recuerdos de mi amor y á la perfección del espíritu, no me preocupaba lo que alrededor mío ocurriese, aun cuando fuera una pequeña desilusión hallar las cosas de diverso modo que las soñé.

Mis convicciones religiosas eran más profundas cuanto más meditaba, sin que las impurezas de la realidad les perjudicasen. Yo había analizado prácticamente los más distintos medios de vida, sin hallar en ninguno satisfacción completa á los anhelos de mi espíritu, y sólo entonces, sin más deseos que alcanzar la plenitud del Nirvana, librándome de las torturas de nuevas encarnaciones, de renacer una y otra vez y siempre sujeta el alma por los lazos impuros de la carne, logré esa tranquilidad nacida en la determinación de un fin á la existencia y en la marcha perseverante por el camino que nos conduce á él.

Siguiendo mis aficiones á vivir libremente en plena naturaleza, salí con el alba una mañana y encaramé mis pasos por el cerro que dominaba ampliamente los contornos del convento, y desde allí contemplé el despertar de las aldeas y el comienzo del trabajo en los arrozales. Un ligero viento agitaba las sonoras campanillas que aristaban las cúpulas y cobertizos de la pagoda, formando una suave melodía. El sol alzábase lento, mayestático, en el limpio cristal azul del cielo.

Á lo lejos, una minúscula nube de polvo avanza, creciendo por el camino serpenteante. Creí, primero, que fuera un ganado; pero comencé á rasgar la nube chispas de luz, reflejos metálicos como de armas, y comprendí que era una bélica comitiva. Poco después distinguí grupos de soldados, lujosos uniformes, bien conocidos, algunas literas y las insignias del dragón de oro: ¡el emperador se acercaba!

La comitiva se detuvo en la puerta del convento, al pie del cerro donde yo me hallaba, y transcurrido un rato vi ascender en busca mía al gran eunuco, seguido de una pequeña escolta.

— Señora — díjome inclinándose reverente —, el Hijo del Cielo os ruega recibáis su cortés visita y os espera en la sala central del monasterio.

— ¡Mil años viva el poderoso Hijo del Cielo!

Bajé presurosa y extrañada, y pronto estuve frente á Kao-Tsung, que me reci-



... Y ENCARAMÉ MIS PASOS POR EL CERRO...

bió jubiloso, envolviéndome en una intensa mirada de apasionamiento.

— ¡Yu-khar! ¡Has huído de palacio, ingrata!

— ¡Señor!

— Cuando te busqué, en un breve descanso de mis tareas, encolerizéme mucho que te hubieran dejado marchar, y he venido yo mismo á buscarte.

— Pronta estoy á serviros. ¿Qué deseáis de mí, señor?

Kao-Tsung miró en torno suyo; estábamos solos.

— Quiero, Yu-khar, que seas la compañera de mi vida.

— Indigna soy de que fije en mí sus ojos el Hijo del Cielo.

— Eres para mí la primera entre todas las mujeres.

— Acato entonces vuestra soberana voluntad.

— Pero no busco en ti la obediencia, sino la concesión gustosa de tu cariño á un hombre en el que no has de mirar al emperador, sino al enamorado.

— Es tan distinto lo que me pedís del plan trazado á mi vida en este retiro...

— ¿Y por qué tal resolución? ¿Por qué abandonaste la corte?

— Allí sola, después de la muerte del virrey y la marcha de Nu-kua...

— Ya no estarás sola, sino á mi lado.

Callé sin saber qué respuesta dar, inclinando mi rostro confuso.

— Acaso el recuerdo de Fenk-hao — continuó el emperador — sea bastante poderoso para guardar tu corazón. Esperaré que resuelvas tú misma, y entretanto vendré diariamente á visitarte.

Marchó Kao-Tsung con su acompañamiento á la vecina aldea, donde fijó sus reales, y yo quedé hondamente preocupada.

Las previsiones de Nu-kua y Sidarta, más perspicaces que yo en las cosas palaciegas, habíanse realizado: el emperador estaba enamorado de mí, cosa que no creí cuando me lo dijeron, y que no podía menos de alagarme ahora, aun cuando no sintiese por él afecto alguno.

¿Desistiría de mi proyectada vida monástica? ¿Podría olvidar á Fenk-hao? ¿Sería compatible su recuerdo con el amor de Kao-Tsung? ¿Llegaría á corresponder á éste?

Todas estas cuestiones se amontonaban confusas en mi cabeza, desorientando mi voluntad, turbando mi espíritu. Perpleja, indecisa, carecía también de consejos prudentes y sensatos; Sidarta no acompañaba al emperador, lo que era bien extraño tratándose de un viaje hecho para lograr lo que él me había anunciado, por más que no habiendo seguido antes sus consejos juzgaría inútil intervenir nuevamente. El sacerdote y los bonzos del monasterio no me inspiraban ninguna confianza por su inteligencia ruda, que apenas si les permitía cumplir rutinariamente su misión.



DERRIBÓLA UN SOLDADO BRUTALMENTE

Así transcurrieron varios días; Khao-Tsung pasaba todos ellos algún rato en mi compañía, y justo es reconocer que con su dulzura y afabilidad, con su cariñoso respeto de mi libertad iba conquistando mi afecto é inclinándome á volver á la corte.

— Un poco de piedad para tus cabellos, Yu-khar — me dijo un día —. No merece su hermosura que los cortes y arrojes lejos de ti.

— ¿Os gustan mis cabellos?

— Son la aureola de tu belleza, de la más acabada belleza que he conocido.

— ¡Tantas mujeres hallaréis más hermosas que yo! Pero sois joven aún. Si ahora os agrado, otra os cautivará más tarde.

— Podría eso preocuparte si yo te ofreciera el primer puesto de mi harem. Siendo mi favorita podría sufrir cualquier afortunada rivalidad; pero yo quiero que ocupes conmigo el trono, quiero hacer de ti mi esposa.

— ¡Señor!...

— ¿Lograré sacarte de este maldito convento poniendo á tus pies cuanto tengo y cuanto soy?

— Más me cautiva vuestra bondad, señor; pero dejadme un día más, un solo día para decidir.

— Sea; mañana partiré, alegre ó desolado, según vaya ó no en tu compañía.

Subió el Hijo del Cielo á su regio palanquín y partió hacia la aldea en medio de su brillante escolta. En dirección contraria venía una anciana religiosa de las que diariamente salían á pedir limosna por los pueblos, la cual se apartó temerosa

del paso de la comitiva, y como no se arrodillase bastante pronto ante el emperador, derribóla un soldado brutalmente con un golpe de su lanza. Alzóse la vieja resignadamente y prosiguió su camino. Yo salí á su encuentro.

— ¿Qué os ha pasado, hermana?

— Nada, nada; fué falta mía.

— Yo le diré al emperador que castigue al soldado que os golpeó.

— No, no; él cumplía con su deber.

¡También mis hijos eran soldados y murieron cumpliendo con su deber!

— ¿No tenéis familia, hermana?

— No; murieron, primero mis hijos, después mi esposo acabó sus días en la cárcel esperando se le juzgase de un delito que no había cometido.

— ¡Qué injusticia!

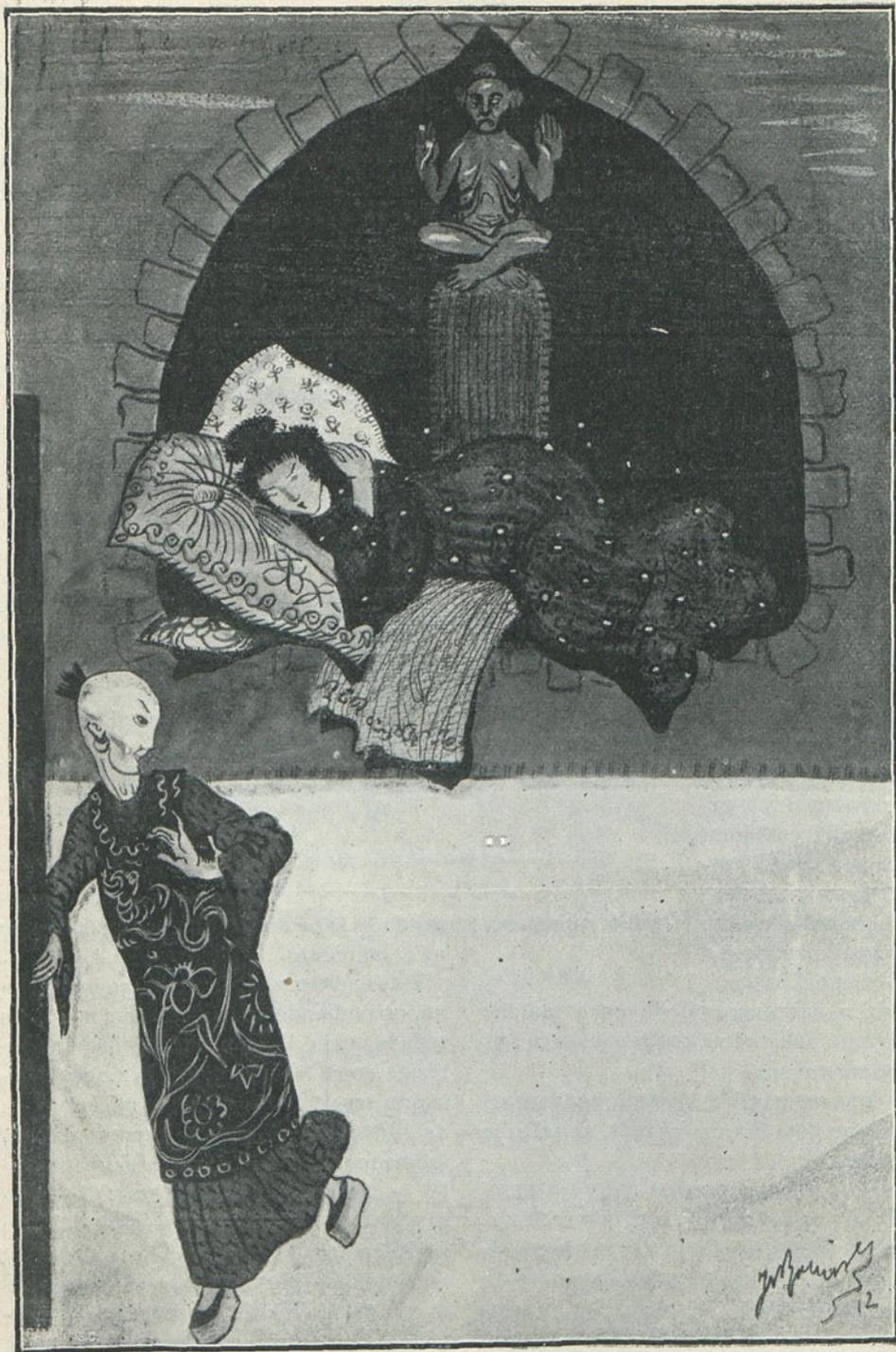
— No siempre reinan los buenos corazones, Yu-khar — dijo la anciana al-

zando el saco de sus limosnas y entrando en el convento.

Este incidente de la vieja me impresionó, no pudiendo apartarlo de mi mente en toda la noche. Veía, primero, el agrio contraste entre la soberanía y la riqueza, pasando arrolladoras sobre la miseria y la debilidad; luego se me representaban, animados, los infortunios de la pobre mujer, y, por último, sus palabras: ¡No siempre reinan los buenos corazones! Y yo podía reinar y realizar el bien desde el más elevado puesto y con el mayor dominio de la tierra. Era preciso aprovechar las circunstancias en que el destino me colocaba para realizar una misión sagrada, aquella misión de que me habló en



¡VIVA MIL AÑOS EL HIJO DEL CIELO!



... FUE APODERÁNDOSE DE MÍ UN ADORMECIMIENTO

un tiempo Sidarta y yo no supe comprender.

Me levanté muy de mañana, decidida á complacer al Hijo del Cielo y aceptar sus proposiciones. Su regocijo fué inmenso; hizo cuantiosos donativos para el convento y envió sus más veloces correos á la capital para que dispusieran en ella, á nuestro regreso, las fiestas más hermosas y agradables de que hubiera memoria en el Imperio.

La despedida en el monasterio y la aldea fué cariñosa, efusiva, aclamando al emperador y á la hermosa emperatriz, lo cual se repitió por todos los puntos donde pasábamos hasta llegar á Pekín.

Por muy acostumbrada que estuviera á las veleidades del destino, no pude menos de sentir una intensa emoción al entrar en la Ciudad Sagrada como dueña y señora. Afortunadamente fuimos á vivir en el palacio de la Primavera, que no tenía recuerdos para mí, y en el cual se verificó la sencilla y grandiosa ceremonia de darme la investidura de emperatriz.

Reunido el Consejo imperial en el salón del Trono, el emperador entró llevándome de la mano y dió una vuelta conmigo en torno de la habitación.

— Yu-khar es mi esposa — dijo ante el Consejo.

— Yu-khar es mi esposa — repitió ante el gran eunuco, ante el guarda sellos imperial, ante el gran sacerdote Sidarta, que me miró fijamente con aquellos sus ojos de intensa negrura, agudos y penetrantes como un puñal.

Después subimos á la terraza, á cuyos pies se amontonaba el pueblo, y repitió una vez más Yu-khar es mi esposa, siendo acogidas sus palabras con gritos de entusiasmo.

Ocupamos seguidamente el trono, y ante nosotros desfíló la corte, prestando acatamiento á la nueva emperatriz.

¡Viva mil años el Hijo del Cielo! ¡Viva mil años la emperatriz!

Terminadas las ceremonias, Kao-Tsung llevóme á sus habitaciones para iniciarme en algunos imperiales secretos.

— La vida de los Hijos del Cielo está siempre amenazada de mil peligros. Para evitar un caso de suprema angustia, la muerte por manos que nos profanarían, llevamos siempre sobre nosotros el licor de la Suprema Liberación, un poderoso veneno que mata como el rayo. Helo aquí en esta cajita de oro; ya sabes su destino.

Oculté la cajita en mi pecho, asintiendo silenciosamente á las palabras de mi esposo.

— Si el cielo nos da hijos — continuó Kao-Tsung — ten en cuenta que el primer decreto de un heredero del trono ha de llevar el sello de la Legítima Sucesión, sin el cual no será reconocido por los dignatarios del Imperio. Este sello lo guardo yo personalmente. Aquí lo hallarás á mi muerte, pues tú sola has de saber dónde está.

Al hablar el emperador de nuestros futuros hijos recordé, aterrada, mi esterilidad y estuve á punto de caer desvanecida. ¿Desagradaría esto á Kao-Tsung? ¿Me vería otra vez repudiada por la triste maldición de mis entrañas?

Muchos días me obsesionó esta idea, no dejándome gozar de las espléndidas fiestas organizadas por nuestro casamiento.

Sidarta, á quien acudí como única persona digna de mi confianza, me dijo tranquilamente:

— Ya pensé yo en ello y he resuelto la cuestión. La diosa Kuanín bendecirá tu seno. Toda mujer que pasa una noche entera en su templo logra tener hijos.

— ¿Es indispensable esa condición?

— La única infalible.

— ¿Y cómo voy á pasar una noche fuera de palacio?

— Puedes decirle la verdad al emperador, ó si crees que eso puede disgustarle, pídele veinticuatro horas de libertad para cumplir un voto religioso. Es necesario á toda costa que tengas un hijo para completar la obra tan felizmente realizada.

Kao-Tsung atendía siempre complacido mis ruegos, y á iniciativa mía se debieron muchos decretos, encaminados á mejorar la vida de las clases pobres, á corregir abusos é injusticias y á proteger el desarrollo de la verdadera religión en el país. No se negó entonces á mi demanda y pude salir una noche de palacio, distraza y á pie, en compañía de Sidarta, que me condujo por calles oscuras, tortuosas y enfangadas, al santuario de la diosa Fecundidad.

Era un edificio pobre y sucio, en cuya planta baja estaba la capilla con la extraña efigie de la diosa, pintado el rostro de rojo y azul, amedrentadora, repulsiva, espantosa. Subimos una estrecha escalera que nos condujo á una galería con varias puertas á los lados, de distancia en distancia, al pasar por junto á las cuales oí débiles gemidos que me estremecieron. Temblando entré en uno de aquellos departamentos, que eran otras tantas pequeñas capillas, conteniendo el altar de Kuanín y un lecho, en el cual descansaba sobre unos almohadones la cabeza de la diosa.

Sidarta tomó una copa del altar y me dijo, ofreciéndomela:

— Bebe y te tranquilizarás.

Obedecí en silencio y él ordenó acostarme en el lecho, del que había retirado la cabeza de la diosa.

— Aquí permanecerás en silencio y en tinieblas lo que resta de noche. Tendrás un dulce sueño, y mañana, con la aurora, despertarás en palacio.

Tendíme en el lecho, donde fué apoderándose de mí un adormecimiento rápido que apenas me dejó percibir á Sidarta, apagando el farol y cerrando la puerta tras de sí; luego quedé profundamente dormida.

Todos los incidentes de aquella noche me han parecido luego un sueño sin realidad alguna, pues lo verdaderamente extraño no fué que despertase en palacio, como me había anunciado Sidarta, sino que desperté en el mismo lecho imperial, al lado de Kao-Tsung, que me preguntó si me había molestado durante la noche á consecuencia de un agitado sueño que tuvo.

Realidad ó sueño, el milagro no se hizo esperar mucho; yo quedé en cinta, con gran regocijo de mi esposo y mío y no menor entusiasmo de Sidarta, que exclamaba:

— ¡Hemos conquistado la China; ya es nuestro el Imperio!

(Concluirá.)

S. R.





Aunque algunos opinen que la característica más eminentemente nacional es la fiesta de toros, yo creo que es la tertulia. Nada tan genuinamente español como esas reuniones de cafés; en ellas está representada á maravilla la complejidad de nuestra idiosincrasia, pues que se abordan todos los transcendentales problemas que conmueven al país,—aunque esto de conmover sea un tanto hiperbólico y colocado á guisa de gala retórica.

Decía un filósofo (?) que la tertulia es el cáncer que mata á ¡la vitalidad de España. (¡Vaya usted á convencerle de lo contrario!) Yo la veo, además de como elemento indispensable para la vida de los cafés, como una de las notas más decorativas y pintorescas.

Ved, si no, una que bien puede tomarse como *tipo medio* de todas las que existen: Fórmase en un ángulo situado frente al mostrador y lindante con el paso á la cocina. En ella hay un ingenio feliz — ¡infeliz!,— que hace chistes absurdos; un perenne reformador sociológico — ex banderillero andaluz de arbitraria fraseología;— un hombre de grandes negocios imaginativos, que nunca pasan de proyectos; uno que hace frases lapidarias; un apologista de las corridas de toros— el cual estaría mejor haciendo el elogio de

las alhóndigas que el de un pase de pecho,— y otro que sólo sirve para asentir con rítmica ondulación de cabeza á lo que afirma enfáticamente el pensador, para recordar fechas que se le olvidaron al taurófilo, para aplaudir los grandes proyectos del iluso, para reir los chistes del gracioso y para llevar la contraria al político, porque en cuestiones de política no hay dos ciudadanos que marchen de acuerdo.

Este último se destaca como una estrella de rabo. Tiene la faz grasienta, muecas repulsivas, torpes ademanes y enorme vozarrón. Acude todas las tardes á la misma hora y ocupa el mismo sitio. Está lucio y fuerte, fuma puros y da 20 céntimos de propina, en tanto los demás entregan tímidamente la consabida perra gorda, rehuyendo las miradas agresivas del camarero, que parecen decir con descaro inaudito: ¡Aprended, ramplones; éste sí que es un *tío* simpático! Después de ingurgitar (!) el café, se acomoda muellemente en el diván, se ladea el flexible y lanza hacia el techo las grisosas espirales del humo. De vez en vez bosteza con escándalo, échase el sombrero hacia la frente, se rasca la coronilla con la uña del meñique— una uña larga y amarillenta,— vuelve á colocar el flexible como antes estaba, torna á bostezar con

un rugido y, arrellenándose lo mejor posible, comienza á repiquetear sobre el mármol mudas tarantelas. Si hablan de toros, interrumpe: «Eso ocurrió cuando yo estaba en Alicante. En el «Café de la Marina» lei los *telégramas*». Y succiona el puro, mordisqueado y salivoso, y se acaricia el frontal como si acariciase las más geniales ideas...

Todos los tertulianos le respetan y llaman pomposamente *¡D. Rafael!* El misterio de su vida les tiene intrigados y continuamente se preguntan: ¿De qué vivirá? pretendiendo bucear en su feliz existencia con la esperanza de que, al resolver la incógnita, encuentren la solución del auto-problema cotidiano. Pero nada consiguen; cuando preguntan al camarero, responde con

una contestación que es todo un curso de Filosofía; se encoge de hombros y dice en voz baja: «¡Pagar, paga bien!».

Y es indudable que no ha de serle ingrata la suerte, pues se le oye hablar, como testigo, del último estreno en la Princesa, del abono de toros, del reciente debut de alguna marimacho célebre... Las indagaciones prueban que no tiene rentas ni destino. ¡Y él ríe, y él fuma puros, y él da— ¡oh, qué humillación para los otros! —propinas de dos *perras grandes*. Entonces surge una maliciosa sospecha, á la que se renuncia fijándose en que el dichoso mortal, víctima de la suspicacia, es terriblemente feo y carece de esa imprescindible espiritualidad — la espiri-

tualidad, como la virtud, tiene muchas fases equívocas — que es de rigor para cautivar el corazón femenino. ¿De qué vivirá? ¡Misterio!

...Una tarde se oye en los cristales frontizos unas llamaditas. Un amigo, tocándole en un hombro, le advierte:

— D. Rafael, que le llaman.

— ¡Ah, sí; es mi señora!

Y del diván á la vidriera entáblase un animado diálogo por señas y visajes, entre el mutismo de los tertulianos, que

sonríen «porque sí», como mudo madrigal de galantería. Al fin, el esposo, describiendo con la manaza un semicírculo — tal que si fuera á cazar moscas, — indica á su cónyuge que pase, y en tanto entra la dama, advierte á la reunión:

— Me quería decir que iba de

compras, y que si la quería acompañar...

Y todos asienten al unísono:

— Así lo hemos comprendido nosotros.

Penetra la esposa, con mayestático continente, con una muy dulce sonrisa, enguantada hasta los codos — ¡oh, el encanto de unas manitas de impoluta blancura! — tocada con un descomunal armazón de cintajos y flores, y como remate, una rizada pluma negra que sigue en sus ondulaciones el rítmico vaivén de las caderas de la señora. Su boato es *principesco* y la causa la estupefacción de todos. (¡Vaya un tío!) Cambio de sonrisas, presentaciones, reverencias estúpidas y, al cabo, siéntase la recién llegada.

— Te quería decir — indica refiriendo-



... PRESENTACIONES, REVERENCIAS ESTÚPIDAS

se á la conversación mímica — que la tarde está imposible y que no debes salir de aquí. ¡Hace un frío!

— Toma café.

Sírvenselo, quítase los guantes y — ¡oh terrible desencanto! — en sus prosaicos dedos se ven las huellas indelebles de la mordedura de la leña negreando las grietas que produjo el fregadero...

Desde esa tarde D. Rafael pierde su influencia, á sus palabras no se las da importancia, se le discute la veracidad de las fechas taurómacas, y hasta el chistoso se permite darle golpecitos en la barriga y quitarle el azúcar del café...

\* \* \*

Invariablemente comienza la tertulia á las dos y media. Están todos menos el ex banderillero, que suele llegar á las cuatro. Hasta esta hora la charla se desliza blandamente, sin exaltaciones ni gritos. Hablando de las virtudes teologales; el de las frases lapidarias hace una, que dice en tono ampuloso para que llegue á oídos del encargado del mostrador. El negociante iluso, aprovechando una coyuntura que dejó el taurófilo, habla de un nuevo proyecto.

— Es para ganar — dice — dos millones en un año. Pienso ir esta tarde al Conde de Romanones á ver si quiere ser el socio capitalista...

— ¿No le sería á usted igual una socia? — interrumpe el gracioso, coreado por una ruidosa carcajada.

Y así, entre bromas y veras hasta que llega el ex banderillero, con la gorrilla hacia los ojos, un palillo entre los dientes y metidas las manos en los bolsillos de la peliza.

— ¿Qué hay, señore? ¡Saluten! — Y después de sentarse y de pedir café, dice, atusándose los tufos: — ¿Habei leío er discurso de D. Merquiade?...

¡Y ya se armó! Se discute el sentido político de los párrafos, la actitud y aptitudes del Presidente, las interrupciones de La Cierva, hasta que el ex banderillero termina por decir, rojo de iracundia:

— ¡Lo que yo os digo é que no quisiá má que sé Ministro de la Gobernación dié minuto, que España entera la iba á gorré der revé, asín, como si despejara un cabrito. (Aquí un chiste del gracioso y una risotada unánime.); Vergüensa debía dardo de lo qu'está ocurriendo, sí señó! ¡A mí iba á vení Inglaterra (alguien protesta de la pronunciación); bueno, ya sé que se dise Inglaterra, á mí iba á vení ni la Fransiá ni la Alemania á tirarme rentoi. (El chistoso interrumpe de nuevo cantando, á manera de garrotín: «No me tires más rentois, no me tires más rentois»..) Y no es que yo sea patriota, no señó, que no tengo de patria ni un ladriyo, pero é que me da mucho corage que abusen porque no tenemo escuadra... ¡Ay si yo fua Ministro de la Guerra na má que dies'hora! Comensaba por vendé er Museo, qu' eso no sirve pa ná, y er cuadro las Lansa lo convertía en lansa chipén, y la fragua de Vurcano en una fragua verdá con j'herrero de carne que hisian cañone pa tirá abajo tor mundo. Y aluego iba á Inglaterra y á Fransiá y á Alemania y les desía, asín, sin pelo en la lengua, como yo digo las cosa: ¿Ustées qué jinojo quién? ¿Marrueco? ¡¡Pos tomá castaña!! Y me yevaba dando gusto ar deo hasta que no quearan ni los rabo!... ¡Di tú que somo unos primo alumbrao y que mere-semo que vengan los inglese...

— ¿Más ingleses quieres tú que tengamos? — vuelve á interrumpir el gracioso, promoviendo hilaridad en la tertulia.

...Y así pasan las horas mientras el sociólogo arregla el orbe entero, el gracioso hace chistes malos, el amator de la tauromaquia cuenta anécdotas taurinas, el obeso bosteza escandalosamente y el

negociante imagina proyectos. Y así todos los días, sin que el sociólogo haga cambiar la esencia política del país, sin que el gracioso haga un chiste bueno, sin que el taurófilo cuente nada ignorado, sin que el pensador haga una frase de sentido común y sin que el iluso vaya á ver al Conde ¡porque siempre se le pasa la hora!

¡Oh tertulias! ¡Cuán regocijadas sois!  
¡En vuestro seno nos quita el pellejo el

que se finge amigo, se combinan sablazos, se murmura de cuanto nos rodea, pero nunca nos sentimos tan optimistas ni somos más inteligentes ni más activos ni más morales que cuando discutimos saboreando el recuerdo del moka! ¡El día que dejéis de existir será signo evidente de que España habrá muerto! ¡Loor á la tertulia!

EDUARDO ANDICOBERRY.





CATALINA BÁRCENA, PRIMERA ACTRIZ DEL TEATRO DE LARA

COMEDIA: Compañía italiana  
de Lyda Borelli. \* \* \* \* \*

La presentación de esta gran actriz italiana en el escenario del teatro de la Comedia ha sido una confirmación de las excelencias del arte escénico italiano, que tantos adeptos cuenta ya en el público de Madrid.

Varias son las compañías de la nación hermana que han llegado á nuestra capital en años anteriores, y para todos ellos ha habido aplausos y provecho, demostrándose repetidas veces cómo se admira aquí el buen arte, no el arte extranjero por el afán de extranjerismo, pues no menos extranjeros han sido otros artistas, como los que trajeron la opereta inglesa, algunos franceses, y aun la misma compañía de opereta italiana que actuó en la Comedia el año último, y no lograron llevar á nuestro público tan fá-

# EL TEATRO EN MADRID

cilmente como Teresa Mariani, la Aguglia Ferrau, Tina di Lorenzo y Lyda Borelli. Así, pues, á las compañías nacionales que en estos mismos teatros actúan y los ven de continuo llenarse con ese mismo público, puede envanecerles su bien depurado gusto, que sabe hacer justicia á los artistas propios y extraños.

Lyda Borelli es una muchacha de cálido temperamento meridional y á la vez de una ágil

frivolidad, que puesta al servicio de la interpretación del teatro francés contemporáneo la permite llegar á donde no ha conseguido ninguna actriz en punto á verdad, en expresión. Por otra parte, sus condiciones físicas — una voz armoniosa, un rostro bellísimo y una figura espléndida — sirven de presentación admirable á sus claros talentos de actriz. Yo creo sinceramente que Lyda Borelli es, en este género, la mejor artista extranjera que ha visitado nuestra nación.

Esto no obstante, en la breve temporada de primavera que ha permanecido entre nosotros nos ha facilitado notas muy variadas de su repertorio que se extiende desde la perversa banalidad de *Nouveau jeu*, hasta el trágico sensualismo de *Salomé*. Esta sola consideración es suficiente á dar idea de la prodigiosa percepción de Lyda Borelli, que en dos noches sucesivas puede interpretar la fina sátira de Henri Lavedan y la viciosa concepción de Oscar Wilde.

En torno de Lyda se agrupa una compañía de bastante mérito, contra la costumbre adoptada por los empresarios españoles de traer cada gran figura de la escena extranjera rodeada de perfectas nulidades, que desentonan de la parte principal en todas las obras. Dicho sea en honor de los artistas italianos, á quienes hemos de juzgar por éstos que vemos, las compañías de esta procedencia que llegan á Madrid suelen ser completas y no figuras sueltas y comparsas.

Probablemente, cuando estas líneas vean la luz, Lyda Borelli habrá partido ya de Madrid; pero no por más tardío han de ser menos entusiastas mis aplausos y mis votos por admirar de nuevo en nuestra capital su exquisito arte, su voz cristalina y su figura espléndida.

LARA: Flor  
de los Pa-  
zos. \* \* \*

Manuel Linares Rivas se ha separado esta vez de la comedia cortesana para volver los ojos á su tierra natal, escribiendo un delicado poema de ambiente dulce y sereno que respira la plácida poesía de los campos galaicos. Tan florido escritor y tan hábil autor de comedias como el que produjo *La Raza*, no podía menos de obtener con estos elementos una hermosa obra para enriquecer la colección de su teatro, y así ha sucedido, en efecto, pues *Flor de los Pazos*, revestida con la prosa gentil de Linares, resulta muy digna de los honores de la estampa.

Lo cual, no obstante, permitirá señalar en ésta, como en todas las producciones

de este autor, una cierta vacuidad que no corresponde á las bellezas de su forma; emplea Linares Rivas suntuosos ropajes para recubrir sencillos armazones de cartón, si bien es verdad que la gran mayoría de los públicos no sabe penetrar más allá de la primera envoltura, y quizá lleve razón al quitarse quebraderos de cabeza.

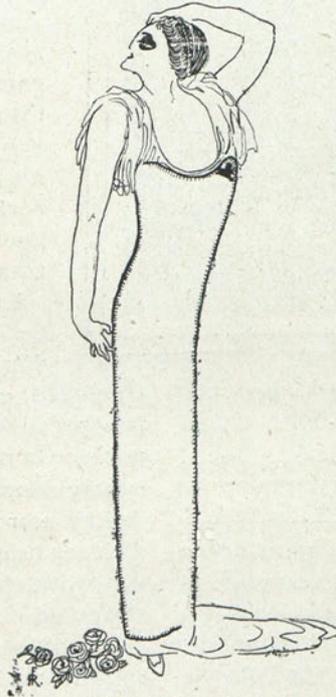
Los artistas del teatro Lara han puesto cuanto estuvo de su parte para el mayor lucimiento de la obra, aunque no encaja totalmente en sus aficiones ni en su género. Adivino el descontento de algunos valiosos elementos de la compañía por el concepto apuntado, aunque todos unánimemente rindan el debido homenaje de admiración al genio de Linares Rivas.

Aunque todos trabajaron con fe y con éxito, merecen la mención especial del cronista la señora Bárcena, la admirable actriz de todas las obras, la encantadora Merceditas Pardo, la señorita Monero y los señores Muñoz, Barry-coa, Mora y Manrique, ini-

mitables en sus respectivos papeles.

CÓMICO: Arsenio  
Lupín \* \* \* \*

Las novelas policíacas llevadas al teatro han dado siempre lugar á tramas interesantes que seducen á los públicos de todos los países: desde el apático inglés, para quien fué creado el género, hasta el español, que tan franca acogida le dispensa desde su aparición. Díganlo si no



LYDA BORELLI

*Raffles, Sherlock Holmes*, y, más últimamente, *Jimmy Samson*.

Pero había aún por el extranjero un héroe del robo, desconocido en España, y esto no podía ser; de ahí la importación del personaje que ha dado motivo á Maurice Leblanc para escribir algunos libros de corte folletinesco, al estilo yanqui, tipo del folletín moderno.

La «genial» Loreto Prado hace á maravilla un Arsenio Lupín escaso de estatura, pero sobrado de malicias y donaires. Chicote, de sagaz detective, continuamente burlado, hizo verdaderos primores, como de costumbre, y Castro estuvo bastante mal, como de costumbre también.

TRISSOTIN.



MERCEDITAS PARDO, MANRIQUE, MORA Y SEÑORITA MORENO, EN LA OBRA «FLOR DE LOS PAZOS»

*Arsenio Lupin* es una obra destinada, ni más ni menos que á subsanar la apuntada necesidad que el público sentía de conocer al gran ladrón de alto copete, misterioso inaprehensible, obsesión de la policía; es su objeto interesar al respetable auditorio y emocionarle en el sentido más barato que se puede asignar á este verbo, y sus adaptadores lo han logrado fácilmente, escribiendo una obra movida, aunque sea poco legítimo su desarrollo escénico. No hay que buscar en esta comedia florituras de ninguna clase, ni siquiera una bien estudiada factura teatral; pero permite pasar un rato insensiblemente, y eso no es poco.

CERVANTES: Los hijos del Sol naciente.

Un interesante estudio de psicología de las razas sirve de base al drama original del periodista húngaro Sengyel, adaptado por Reparaz á la escena española.

El jefe de la colonia japonesa en Berlín, que como todos sus compañeros, viene con alguna especial misión útil á su país, se enamora de una cortesana coqueta y frívola que tiene amores con un novelista y finge amor al japonés Dr. Tokeramano.

Los compatriotas de éste le demuestran la falacia de aquella mujer y lo peligroso

de sus relaciones. Intenta él romperlas, pero como ella le insulta, hiriendo su orgullo de raza, la mata en un arrebato de ira.

Sus compañeros se brindan á declararse cualquiera de ellos autor del crimen para que pueda Tokeramo continuar su labor, y así se pone en práctica, siendo condenado el más joven de ellos, después de algunas peripecias que ponen de manifiesto los caracteres de estoicismo y sacrificio patriótico del pueblo japonés, que todo lo subordina al deber.

Tokeramo acaba su tarea con su vida, rodeado del cariño y los cuidados del novelista, su rival y de Teresa, antigua amiga de la muerta, y en medio del frío respeto de sus compatriotas.

Un poco forzado resulta este final del protagonista, en brazos de dos personas que debían odiarle, pero como en la obra todo se subordina á patentizar el contraste entre el alma japonesa y el alma europea, está explicado y hasta justificado tal artificio.

Simó Raso, admirable de naturalidad y escrupuloso cuidado en la interpretación de su difícil papel. Bastante bien el resto de la compañía.

En suma, un sincero y merecido aplauso á todos cuantos tomaron parte en la representación.



UNA ESCENA DE «ARSENIO LUPÍN»



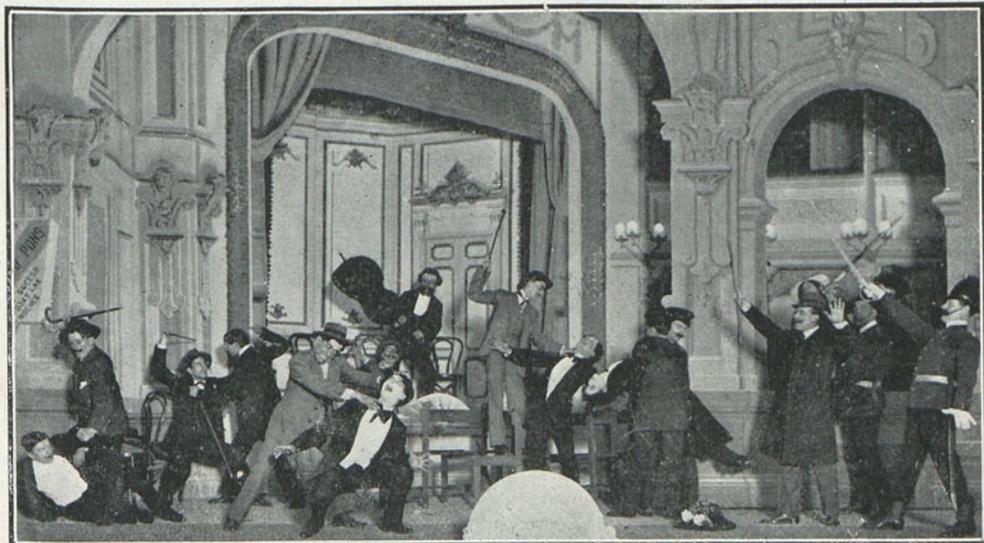
ESCENA FINAL DE «LOS HIJOS DEL SOL NACIENTE»

ESLAVA:  
El cuarte-  
to Pons. \*

Figuráos un violinista hermoso idealmente, del que se enamora una de esas princesas extranjeras que se ven á todas horas y por todas partes en Madrid, y que se lo lleva á su tierra para protegerlo y amarlo tranquilamente en las mismas barbas de su esposo.

Y ya sabéis que cuando en el escenario del teatro Es-lava hay una

reina ó princesa que se enamora de un hombre, surge inmediatamente otra que se enamora también, para que puedan disputárselo y tirarle de la chaqueta ó prenda análoga, cosa que dió muy buen resultado en *La Corte de Farabón* y ha quedado como especialidad de la casa, y no sé si con patente de



UNA ESCENA DE «EL CUARTETO PONS», EN EL TEATRO DE ESLAVA

invención y exclusiva para toda España. GRAN TEATRO: Canto de primavera.

Al citado violinista le pasan unas cosas muy raras, que parecen más raras todavía aderezadas con una prosa y unos versos y unos chistes y unos trajes de corte verdaderamente ridículo.

Al cabo de hora y pico se adelantó el protagonista á decirle al público que si había pasado un rato entretenido se daban por satisfechos los autores. ¡Ya lo creo! Lo que no dijo es lo que había que hacer con ellos si habían aburrido soberanamente á la concurrencia, como, en efecto, sospechamos ocurrió.

EMILIO CARRERAS Y LA SEÑORITA RODRÍGUEZ  
EN «CANTO DE PRIMAVERA»

Una linda opereta, bien pensada, bien escrita, sin disparatado argumento ni situaciones absurdas, es cosa rara en nuestro teatro contemporáneo. Por eso es más de aplaudir la excelente labor de los señores Frutos y Luna, autores de la letra y música, respectivamente, de *Canto de primavera*. Y la buena acogida dispensada por el público á esta obra demuestra que no es vano esfuerzo hacer verdadero arte ni es epidemia nacional el mal gusto de unos cuantos señores que impo-

nen sus obras á la excesiva benevolencia de todos.

*Canto de primavera* está inspirada en las costumbres de los estudiantes alemanes, en sus fiestas y amoríos con las lindas camareras que les sirven la indispensable cerveza. Va á comenzar un curso, y los alumnos de la Universidad celebran, con este motivo, una fiesta, en la cual deciden una broma ó novatada á un recién ingresado compañero. Se trata de halagar su vanidad con el fingido amor de

una muchacha; pero él logra enamorarla de verdad, se bate con los organizadores de la broma y acaban todos reconociendo su bravura y caballerosidad.

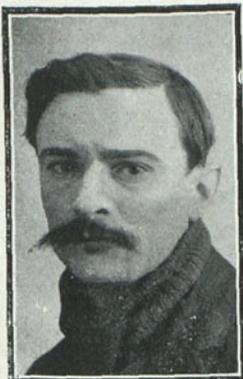
El corte fino y delicado de la obrita, sus situaciones cómicas de buena ley, sin chocarrerías, juegos de palabras y chistes necios, demuestra en sus autores excelentes condiciones para el cultivo del arte escénico, y hace esperar de ellos más valiosos trabajos.

ESE.

(Fotografías de Alfonso.)



## ACTUALIDADES



JULIO VÉDRINES, EL FAMOSO AVIADOR, QUE HA SUFRIDO UNA CAÍDA PELIGROSA VOLANDO HACIA MADRID



UNA SEÑORA ASTRÓNOMA

En estos momentos en que las conquistas del feminismo van haciéndose más patentes, merced al estudio de algunas mujeres antes que por los éxitos de las sufragistas, resulta de interés la noticia de haber sido nombrada astrónomo del Observatorio de París la señorita Edmée Chaudon.



ELENA FONS, FAMOSA TIPLÉ DE ÓPERA, QUE HA DEBUTADO EN EL GÉNERO DE «VARIETÉS»

(Fot. de Alfonso.)

El panteón de Atocha acaba de recibir los restos de seis hombres ilustres: Calatrava, Argüelles, Olózaga, Martínez de la Rosa, Muñoz Torrero y Mendizábal, que ejercitaron sus mentalidades en los orígenes del sistema representativo español.



LA COMITIVA EN EL PANTEÓN DE ATOCHA

(Fot. de Alfonso.)

## DIVERSAS



ALBERTO VALERO MARTÍN, AUTOR DEL NUEVO LIBRO «LOS PERROS DE LA ALQUERÍA», QUE ESTÁ MERECIENDO UNÁNIMOS ELOGIOS



UNA AVIADORA MUERTA

La aviación ha tenido ya su víctima femenina. Después del gravísimo accidente ocurrido á la baronesa de Laroche, del que salvó milagrosamente, en este mes hay que registrar la muerte de la señorita Suzanne Bernard al hacer con su aeroplano la última prueba de altura para obtener el título de piloto.

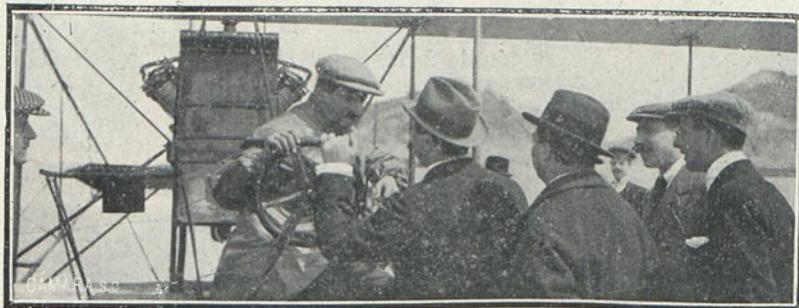
• ACTUALIDADES DEL EXTRANJERO •



EL FAMOSO CAMPANILE DE SAN MARCOS, DE VENEZIA, RECIENTEMENTE RESTAURADO



ESTATUA CONSTRUÍDA EN NIZA Á LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA



El famoso aviador francés Paulhan que está realizando notables vuelos, en algunos de los cuales ha llegado á ciudades españolas. Nuestra fotografía le reproduce al aterrizar después de uno de estos vuelos en San Sebastián.



# CANCIÓN DE LA CAÑADA

Caminito cauteloso que serpeas la montaña  
sorteando la cañada con su rítmico rumor,  
impertérritos picachos recortados en la cumbre  
que, en la altura calcinada por el sol,  
con los ojos de cien siglos contempláis su fresco fondo  
tapizado de verdor,  
no sabéis de aquél encanto que se goza en la cañada,  
no podéis el tintineo de su música escuchar,  
en el canto borbotante del arroyo entre la hierba  
como charla cadenciosa de cristal,  
dice el bello epitalamio de la Ninfa de las Aguas  
en su grata soledad:

«Ven, mortal, á mi palacio de ranúnculos y lirios,  
tengo un lecho todo verde que te quiere recibir;  
bajo el palio de las zarzas forma el agua una bandeja  
y en sus múltiples cambiantes de turquí  
tú verás la azul promesa de mis ojos de miosotis  
á los tuyos sonreír.»

El incendio de los rayos que se quiebran en la arena  
arañados por las zarzas en el rústico dosel,  
es el oro de mi undosa cabellera destrenzada  
en la calma de un solemne atardecer,  
cuando todo ya enrojece y en las cárdenas corolas  
labios trémulos se ven.

Deja solo el caminito que se esconde hacia la aldea  
y desprecia de los montes la granítica altivez,  
que en la noche de mi eglógica morada  
á la fiebre de tus labios será el musgo fresco y suave  
como un beso de mujer.»

RICARDO DONOSO-CORTÉS

# TEATRO MÉDICO

“Pequeñeces,”

Ardua empresa es la de llevar al teatro el planteamiento de temas médico-sociales de tan gran transcendencia como los desarrollados por el doctor Madrazo en sus dramas, y si esta dificultad ya por sí sola significa un mérito, es muy justo que no se le regateen los aplausos, cuando, como en el caso presente, va seguido del acierto.

No me considero capacitado para enjuiciar como crítico los merecimientos literarios ó de tecnicismo teatral del drama *Pequeñeces*, y eso es causa de que limite mi trabajo á reflejar la impresión que, como médico, recibí de él, ni más ni menos que como lo haría en la clínica, ante el enfermo, ó en el laboratorio, á la vista de una preparación histológica, dejando á plumas más expertas la labor para la que no me siento con autoridad suficiente.

\*  
\*  
\*

Es la mujer el símbolo en que encarnamos el ansia ideal de la regeneración humana, y es lógico deducir que ella debiera ser el santuario de todos nuestros amores y cuidados.

Sólo así, considerando la gran transcendencia de su elevada misión como madre; elevando á la mujer á la categoría de ídolo sagrado; doliéndonos, como nuestra propia culpa, la profanación llevada á cabo por los demás, sería un día realidad la próspera vida de los pueblos, sanos, fuertes y alegres, por la salud, fortaleza y alegría de sus hijos.

Desgraciadamente, sólo una loca fantasía puede concebir tan bellos sueños, y, muy lejos de esto, cada día son más marcadas la desigualdad é indefensión de la mujer en nuestra actual sociedad. Son muchas las exigencias y pocos los cuidados que tenemos para nuestra amante compañera; son infinitos los sinsabores y nula, en cambio, la defensa en que abandonamos á la que ha de ser madre.

¿Qué ley — aparte de la dictada por el egoísmo de los hombres — puede dejar impune el crimen de un padre ó de un esposo que á la satisfacción de su carnal apetito pospone las terribles leyes que presiden la herencia y el contagio?... O, ya que no eso, ¿qué amparo ó qué protección reciben los desdichados que expían con sus dolores y amarguras la ignorancia ó el descuido de los demás?

Las mal llamadas enfermedades secretas — que son las que mejor debieran conocer todos los hombres, por lo mismo que tan frecuentes son en nosotros — y la sífilis — hipócritamente encubierta bajo el exótico nombre de *avariosis* en todo aquello que para leído por el gran público es escrito — constituyen el punto de origen de innumerables dramas reales, de los que todo médico ha sido espectador alguna vez.

¡Quién no ha escuchado el amargo relato de la mujer que sufrió gozosa las molestias de la concepción en la dulce esperanza de ser madre, y lloró más tarde al no ver lograda su santa ambición! ¡Cuántos no son los sufrimientos y pesa-

res de la joven esposa, reducida á la esterilidad y presa de agudos dolores, de los que sólo su marido es el culpable!

Esta es la tesis que, con una púdica discreción, ha sabido desarrollar, con singular acierto, el doctor Madrazo, haciendo caso omiso de los prejuicios y escrúpulos que á obras semejantes les oponen una mal entendida honestidad ó una viciosa educación moral. Sólo así se explica cómo obras de esta índole son consideradas como inmorales por los mismos que ríen y celebran los más groseros y atrevidos chistes de nuestro decadente «género chico».

Es tan grande nuestra frivolidad é ignorancia; ha arraigado de tal manera en nosotros el propósito de no preocuparnos de nada transcendente, que no gozará jamás de nuestras simpatías la persona que, guiada por un espíritu de altruísmo, pretenda educarnos mostrándonos la realidad de la vida.

Podría afirmarse que de la obra del doctor Madrazo se deducía el corolario siguiente: ¿Es humana nuestra actitud ante los peligros que amenazan á la esposa?

El dar cumplida satisfacción á la proposición expuesta nos llevaría muy lejos, y hemos de contentarnos con lo dicho. Baste saber que en este punto y hora á que hemos llegado en estas divagaciones nos hallamos lindando con el magno problema, cuya doctrina ha sido valientemente expuesta por un distinguido doc-

tor contemporáneo, que se refiere á la selección humana, basada en el reconocimiento médico previo del hombre en todos los casos, y de la mujer en algunas ocasiones.

Este ideal higiénico-social nos conduciría en la práctica á la anhelada selección, por la que terminaríamos con los matrimonios desiguales, en los que la mujer suele ser siempre la víctima, y, como consecuencia, la regeneración de la especie sería un hecho. El tuberculoso, el epiléptico, el afecto de enfermedades contagiosas, todo aquel que por su tara constitucional significara un peligro evidente para su compañera ó para los frutos de este amor, no podría verificar su enlace con una mujer sana, y sólo le sería permitido con la que se encontrase en análogas condiciones. De este modo los enfermos, los degenerados, los débiles, se extinguirían á la segunda ó tercera generación, en tanto que los sanos y fuertes seguirían engendrando seres útiles á la patria y á la sociedad.

Tales son las consideraciones que nos sugiere esta obra, que ha sabido arrancar de la clínica para llevarla al escenario un tan profundo revolucionario de nuestro teatro como el doctor Madrazo. En el título elegido se refleja el acierto de su autor: *Pequeñeces* encierra toda la amarga ironía de una mueca de dolor en la grotesca cara del payaso...

EUGENIO MESONERO ROMANOS



# El teatro en París.



LA MADRE DE ERVOANIK

Larga, muy larga sería la tarea si hubiese de reseñar todas las novedades teatrales, todos los estrenos verificados desde que os envié mis últimas notas, hasta el día en que escribo las presentes. Abril ha llegado á ser el mes más favorable del año para los empresarios de los teatros parisinos, que olfateando los éxitos de *taquilla*, renuevan los anuncios con estrenos de unas obras y *reprises* de otras ya aplaudidas.

Entre este crecido número de estrenos, descuellan: *¡En garde!*, en *Renais-sance*; *La Lépreuse* en la *Opera Cómica*; y *Sapphô* en *Aux Capucines*.

El primero de ellos, *¡En garde!*, comedia en tres actos de Alfredo Capus y Juan Véber, es el que puede considerarse de menor cuantía. ¡En guardia! El marido prudente debe ante todo y sobre todo vigilar á su mujer, por muy seguro que de ella esté, cuidando de que esta vigilancia sea disimulada, cautelosa, que la desconfianza que supone no sea visible... Con esta moral por base se suceden en los tres actos de *¡En garde!* escenas aparentemente engañosas para un marido superlativamente celoso, que cree ver en lo más insignificante una prueba abrumadora de su deshonor, y que convencido, al fin, del cariño y fidelidad de su gentil mujer, humillado comprende su falta, viéndose en la necesidad



LA LÉPREUSE

de solicitar un perdón para sus ridículos celos.

*¡En garde!* es una entretenida comedia, nada más, con algunas fortunas de diálogo, esos diálogos que Capus sabe hacer tan bien.

M. Henry Bataille, el célebre autor de *La femme nue*, en cuya interpretación acabáis de aplaudir á la Borelli, que de un modo tan magistral sabe encarnar á esta *donna nuda*, triunfa una vez más, y su nueva obra *La Lépreuse*, tragedia en tres actos, con música de Sylvio Lazzari, correrá triunfante los escenarios extranjeros, donde seguramente la espera un éxito en nada inferior al alcanzado aquí, al ser representada por primera vez en *L'Opéra-Comique*.

Para escribir esta conmovedora tragedia, su autor se ha inspirado en una antigua y popular canción bretona, en el terror y la superstición conque en la Edad Media se miraba á la lepra, la sucia y terrible enfermedad, que era considerada como un castigo divino.

La escena en Bretaña. El primer acto se desarrolla en la granja de Mathelinn, del cual la mujer charla, con unas lavanderas que llegan á lavar su ropa, de las casas que se pintan de blanco para indicar que los desgraciados que en ellas moran están atacados de lepra, son leprosos. Por estas conversaciones sabemos, además, que Ervoanik, el hijo de



«LA LEPREUSE». — ALLIETTE

los demás estén indemnes; que lleva su odio á la humanidad hasta el punto de dar á los niños galletas emponzoñadas por el contacto de sus manos. Con la más agradable de las sonrisas recibe á su hija Aliette acompañada de su novio, viendo en el infeliz Ervoanik una nueva víctima de sus furores. Después de haber bebido, mientras la asquerosa vieja va en busca de otro vino, Ervoanik se duerme. En un irresistible transporte de amor, Aliette siente deseos de besar á su novio, va á hacerlo y se detiene; el miedo á emponzoñarle con el contacto de sus labios la paraliza, llorando su suerte, que la impide acercarse al hombre que ama. En tanto vuelve Tilli, y siempre con el pensamiento de perder á Ervoanik, dice á su hija que éste tiene

PHAON Y SAPPHO

Mathelinn, está enamorado de una hermosa joven, Aliette, cuya madre es una de las presas de la terrible enfermedad, y que los padres del novio se oponen, aunque en vano, á esta boda, tratando de defender al hijo del peligro que le amenaza. Aquí conocemos también á Aliette, una muchachita de una candorosa ingenuidad, que después de haber dicho: «El que bebe en el vaso de un leproso muere», marcha cogida de la mano de su novio, los pies desnudos, á alcanzar el perdón del castigo que la lepra supone.

En el segundo acto, los dos enamorados, en busca del perdón, pasan por delante de la choza de Tilli, la madre de Aliette, y entran en ella. Tilli es *la leprosa*, una semibruja que, roída por la asquerosa enfermedad, no admite que



una querida é hijos con ella. Aliette despierta á su novio y le interroga anhelante. Ervoanik, que es inocente, lo confiesa, sin embargo, deseoso de hacer *rabiar* un poco á su novia. La broma le ha perdido; Aliette no duda, toma un vaso, lo llena de vino, bebe pasando sus la-

á lo lejos se oyen los tristes y alucinantes cantos del *De Profundis*...

Es *La Lépreuse* un poema lleno de emoción, al que la música de M. Sylvio Lazzarí da un patetismo supremo, un encanto que sólo poseen las tragedias griegas, con las que, por su simplicidad,



UNA ESCENA DEL SEGUNDO ACTO DE «SAPPHO»

bios por todo el borde, y se lo tiende á Ervoanik, que lo apura, mientras la satánica vieja exclama: «Bebed, es mi sangre.»

En el tercer acto, entre las lamentaciones de los aldeanos y el llanto de los padres de Ervoanik, éste es conducido, en unión de Aliette, allá á lo alto, á la casa blanca, de donde se le prohíbe salir. Los novios caminan despacio, juntos, á la última curación, hacia la muerte, mientras

solamente cabe comparar á la nueva obra de Bataille.

En *Aux Capucines* ha triunfado en toda la línea la opereta en dos actos *Sapphò*, de Andrés Barde y Miguel Carré, con música de Carlos Cuvillier, demostrándose una vez más que la mitología es una mina inagotable de materiales para la confección de operetas.

La antigua poetisa, inexorable á los deseos de los hombres, se nos presenta

en escena atravesando una crisis de curiosidad amorosa, que la lleva á descubrirse el rostro delante de un efebo llamado Phaon; pero, para ser ésta la primera incursión en los dominios de Eros, Sapphō no tiene suerte, pues Phaon tiene á su virtud más estima que una mujer á su cabellera. Este capricho de Sapphō perjudica, como no podía menos, á sus compañeras de amor, y la más tierna de todas ellas, Eunice, imagina una treta para separarla de Phaon, treta que complica la situación, pues la bella Eunice se en-

capricha á su vez del efebo. Pero al fin, y á pesar de todos los inconvenientes que se oponen al logro de sus deseos, Sapphō gusta con el elegido de sus sueños las delicias del amor.

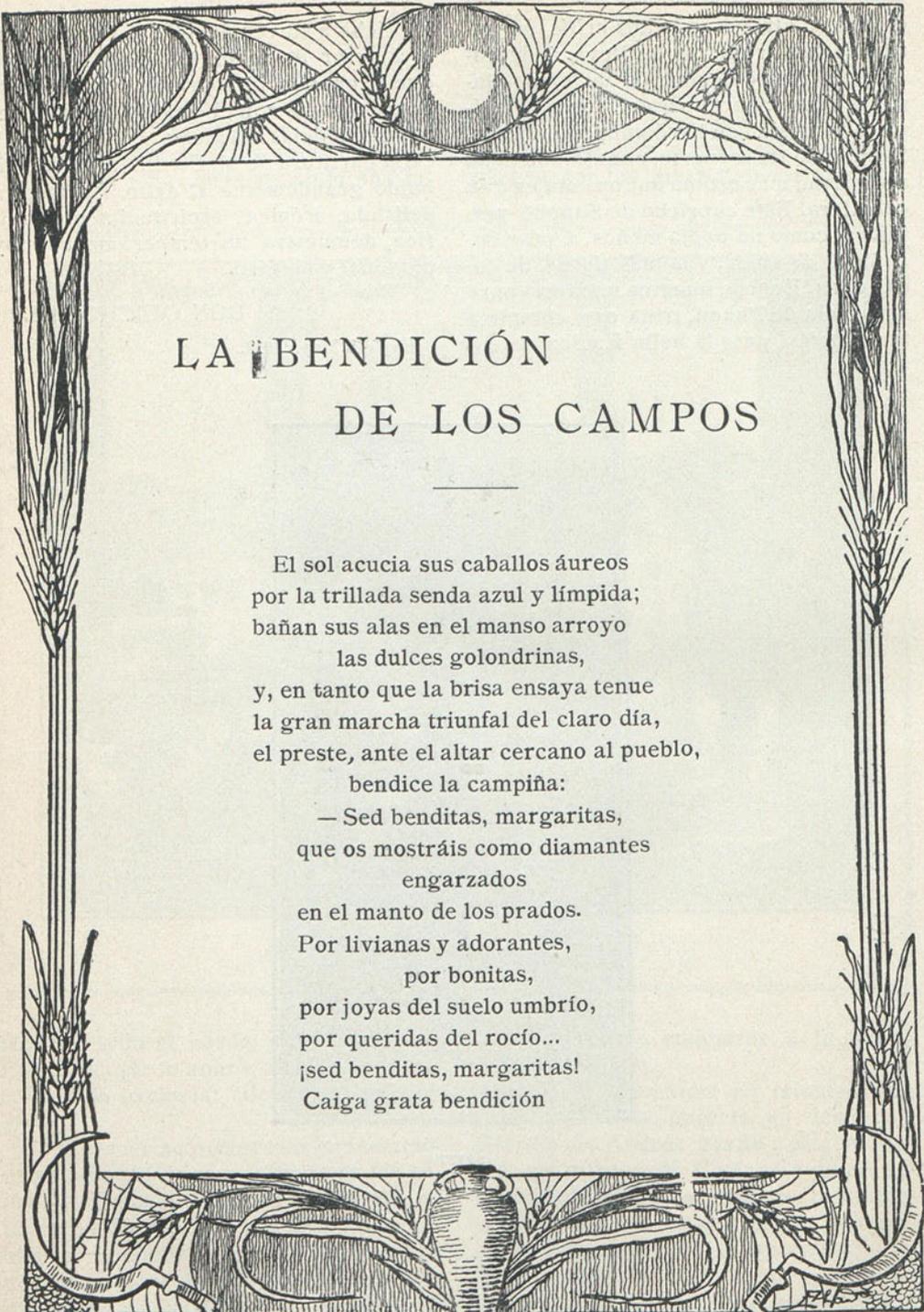
La partitura de M. Cuvillier, ha contribuido grandemente al éxito. Su música delicada, irónica, espiritualmente satírica, demuestra un temperamento muy personal y sincero.

### DON QUICHOTTE.

París, 2 Mayo 1912.



SAPPHO



## LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS

---

El sol acucia sus caballos áureos  
por la trillada senda azul y límpida;  
bañan sus alas en el manso arroyo  
las dulces golondrinas,  
y, en tanto que la brisa ensaya tenue  
la gran marcha triunfal del claro día,  
el preste, ante el altar cercano al pueblo,

bendice la campiña:

— Sed benditas, margaritas,  
que os mostráis como diamantes  
engarzados

en el manto de los prados.

Por livianas y adorantes,

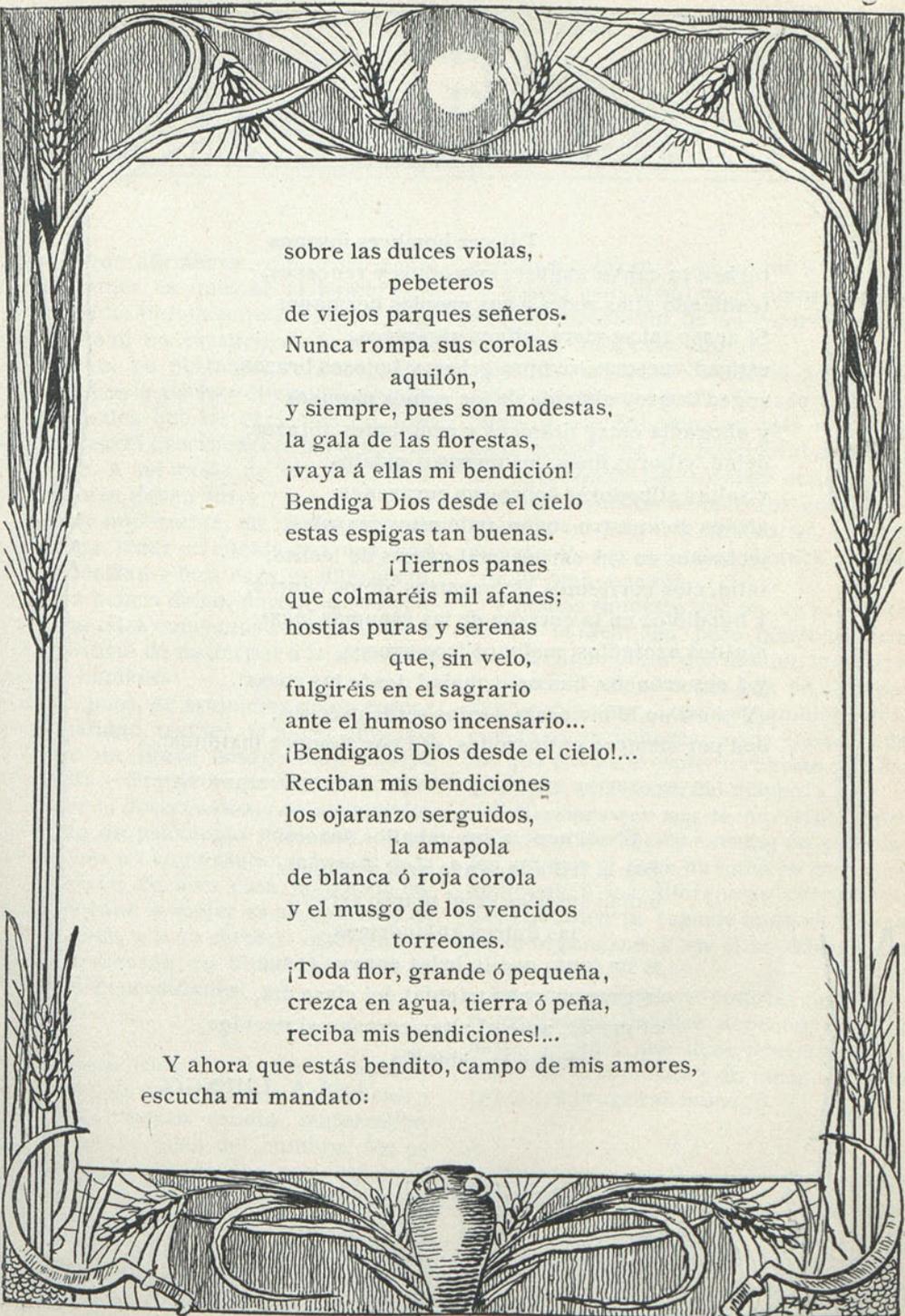
por bonitas,

por joyas del suelo umbrío,

por queridas del rocío...

¡sed benditas, margaritas!

Caiga grata bendición

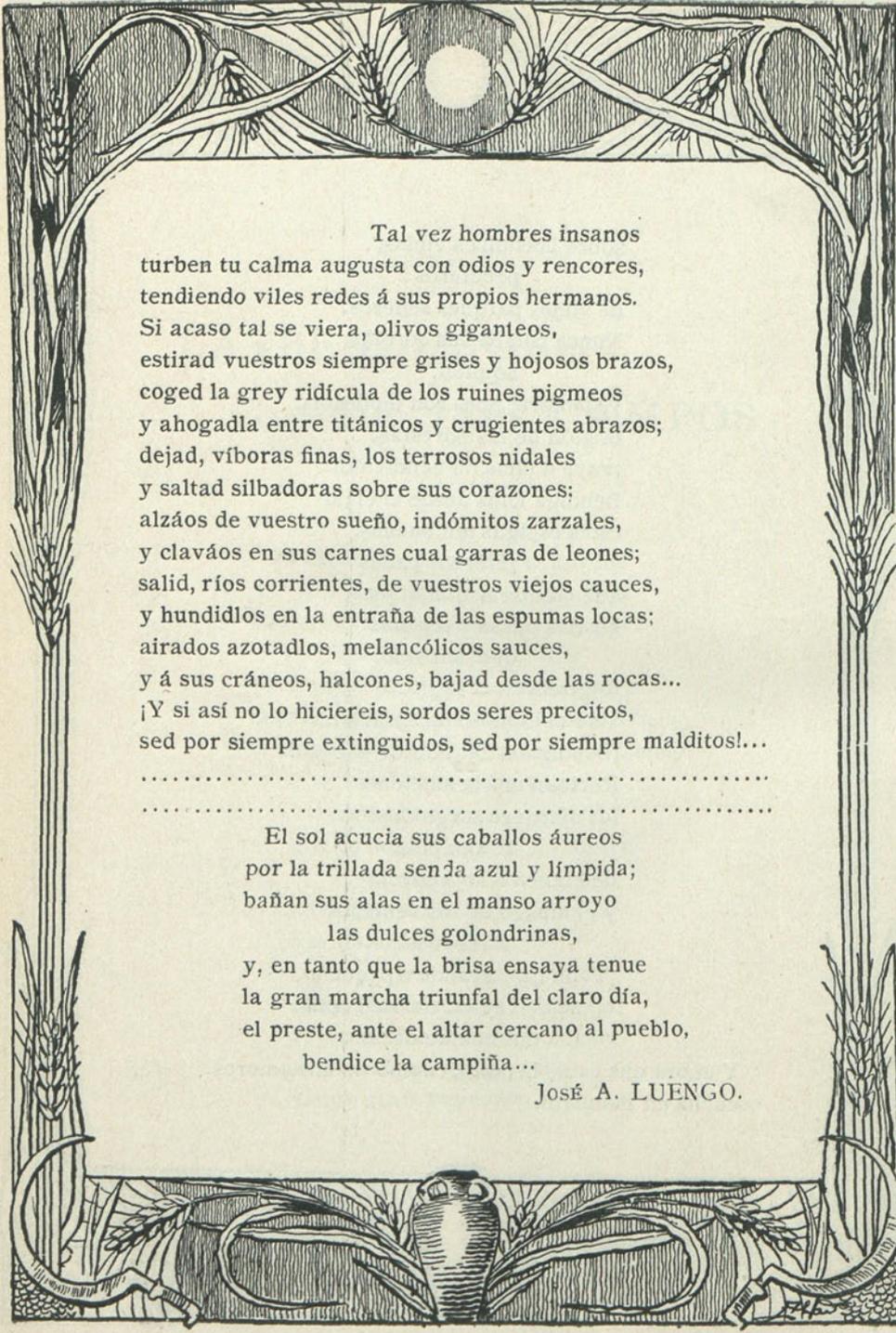


sobre las dulces violas,  
pebeteros  
de viejos parques señeros.  
Nunca rompa sus corolas  
aquilón,  
y siempre, pues son modestas,  
la gala de las florestas,  
¡vaya á ellas mi bendición!  
Bendiga Dios desde el cielo  
estas espigas tan buenas.

¡Tiernos panes  
que colmaréis mil afanes;  
hostias puras y serenas  
que, sin velo,  
fulgiréis en el sagrario  
ante el humoso incensario...  
¡Bendigaos Dios desde el cielo!...  
Reciban mis bendiciones  
los ojaranzo serguidos,  
la amapola  
de blanca ó roja corola  
y el musgo de los vencidos  
torreones.

¡Toda flor, grande ó pequeña,  
crezca en agua, tierra ó peña,  
reciba mis bendiciones!...

Y ahora que estás bendito, campo de mis amores,  
escucha mi mandato:



Tal vez hombres insanos  
turben tu calma augusta con odios y rencores,  
tendiendo viles redes á sus propios hermanos.  
Si acaso tal se viera, olivos gigantes,  
estirad vuestros siempre grises y hojosos brazos,  
coged la grey ridícula de los ruines pigmeos  
y ahogadla entre titánicos y crugientes abrazos;  
dejad, víboras finas, los terrosos nidales  
y saltad silbadoras sobre sus corazones;  
alzáo de vuestro sueño, indómitos zarzales,  
y claváo en sus carnes cual garras de leones;  
salid, ríos corrientes, de vuestros viejos cauces,  
y hundidlos en la entraña de las espumas locas;  
airados azotadlos, melancólicos sauces,  
y á sus cráneos, halcones, bajad desde las rocas...  
¡Y si así no lo hicieréis, sordos seres precitos,  
sed por siempre extinguidos, sed por siempre malditos!...

.....

El sol acucia sus caballos áureos  
por la trillada senda azul y límpida;  
bañan sus alas en el manso arroyo  
las dulces golondrinas,  
y, en tanto que la brisa ensaya tenue  
la gran marcha triunfal del claro día,  
el preste, ante el altar cercano al pueblo,  
bendice la campiña...

José A. LUENGO.

# SOCIOLOGÍA

\*

## MENTALIDAD FEMENINA

No puede afirmarse categóricamente que la mujer es inferior al hombre, ni aun considerándola como más débil, porque lo débil no es siempre lo inferior. Preciso es, no obstante, reconocer que entre ambos sexos hay diferencias físicas y espirituales que los caracterizan, y en los que reside precisamente la esencia de cada uno. A mi modo de ver, los espíritus también tienen sexo.

Es muy importante, en la materia que nos ocupa, tener en cuenta que una cosa es inferioridad y otra cosa es diferencia, como ya hemos dicho, porque de la confusión de tales conceptos resulta el error y la injusticia de postergar á la mitad del género humano.

Libre, pues, de prejuicios y con entera imparcialidad, trataré de hacer ante mis lectores un breve ensayo — un ensayo nada más — de psicología femenina, ayudado por la observación y el raciocinio. He dicho de psicología hablando en general, pues no voy á tratar más que de la inteligencia; de otra cosa no podría hacerlo, porque la mujer es un conjunto de confusiones, y si su cerebro está embrollado, su corazón, su alma entera es un mar de tenebrosidades.

\* \* \*

Si al crear Dios á la mujer la hubiese dotado de un espíritu, cuyas potencias y facultades fueran exacta, matemáticamente iguales á las del hombre, ese espíritu hubiera tenido que variar y modificarse; la debilidad física tenía que influir sobre él de un modo muy poderoso. El sér eternamente enfermo — como lo llamó un filósofo — cuya misión maternal absorbe sus energías y reclama su aten-

ción casi constante, ¿cómo iba á emplear la misma actividad que el hombre en el perfeccionamiento de su espíritu, y qué medios poseía para ello?

Añadid á esto la condición de inferioridad que el sexo fuerte impuso á las mujeres desde los tiempos más remotos, pues cuando no las consideraban como una mercancía las miraban como esclavas, ó á lo menos como seres cuya inteligencia no merecía cultivarse, y comprenderéis por qué no es idéntico el espíritu de ambos sexos.

Y hemos supuesto que en un principio existía la identidad, pero tampoco sería descabellado creer que el alma femenina fué creada en armonía con su cuerpo, débil como éste, como él también, ofreciendo otras bellezas, otros encantos de los que ofrece el espíritu robusto y enérgico, por necesidad, del macho.

Cualquiera que sea la hipótesis adoptada, las diferencias existen, no esenciales, porque el alma humana es una, sino análogas á las diferencias corporales, pues también la especie humana es una en su organismo y en él se diferencian ambos sexos.

Es muy conveniente conocer tales particularidades; de ellas depende, en gran parte, el papel que debe desempeñar la mujer en la sociedad y su modo de contribuir al progreso humano.

\* \* \*

Entre las facultades intelectivas, la que más fácilmente se desarrolla, la que puede crecer y perfeccionarse por sí misma, aun en el aislamiento, es la imaginación. Por eso en las mujeres, sometidas á las circunstancias que antes indicamos, ha

tomado gran incremento, con perjuicio de la solidez de su razón, que no porque sea inferior á la del hombre, sino por falta de ejercicio, de gimnasia intelectual, se ve relegada á segundo término en las cabecitas femeninas, en las que siempre predomina la fantasía.

¿Es un defecto, ó es un nuevo atractivo del bello sexo, esa poderosa fuerza imaginativa que tanto relieve alcanza en su inteligencia? No es fácil dilucidarlo. Porque si los delirios, los extravíos, las exaltaciones de todo género á que tan frecuentemente está sometida la imaginación, ocasionan más de una desdicha á las mujeres, en cambio, en esas mismas exaltaciones suele haber un fondo de sublimidad encantador. La razón, fría, serena, calculadora, no engendra esas ideas de sacrificio, humildes, tiernas, dulcísimas, ni esas abnegaciones profundas que pueden llegar al heroísmo, ni esos amores espléndidos y sutiles, como alas de mariposa... Tan sólo de la imaginación brota todo eso, que podrá ser un peligro para la felicidad, el porvenir ó la virtud de una mujer, pero que tiene un encanto, una belleza tan sugestiva...

Además de la importancia que por sí misma tiene la imaginación, se enlaza y relaciona muy íntimamente con otras cualidades femeninas, como la sensibilidad espiritual que suele habilitar á las mujeres para el cultivo del arte. Lo que el espíritu pierde en energía lo gana en delicadeza exquisita, vibrante y utilísima, cuando se la perfecciona.

También hacen alarde las mujeres de cierta viveza parecida al ingenio, tal vez hija de la misma imaginación, y que no pasa de ser superficial ó aparente muchas veces. Y esto completa el cuadro de la mentalidad femenina en la parte que tiene de activa y tomando como objeto de estudio el tipo medio, la generalidad, pues lo que en ésta permanece embrionario ó poco perfeccionado, puede

tener más desarrollo en los casos particulares.

\* \* \*

Es indudable que la educación y el medio ambiente pueden modificar mucho á la mujer, pero no sería conveniente llevar la transformación hasta el punto de identificar á los dos sexos en sus cualidades. Perfeccionando la inteligencia y evitando el excesivo desarrollo de la imaginación, se obtendría una reforma más que suficiente.

En lo relativo á la fantasía, bueno será decir que ni la educación severa ni el alejamiento del mundo evitan exaltaciones peligrosas. No sólo hay que culpar á las novelas de tales extravíos; hay muchas criaturas cuya mente es un volcán, y no han leído en su vida ni el *Quijote*. Cuando la imaginación no tiene el pasto que necesita, ella misma se lo proporciona, y con datos que le ofrece la realidad levanta castillos en el aire, haciendo una mezcla endiablada de lo práctico y lo quimérico, cuyos efectos son peores que los del más romántico folletín.

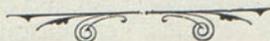
Muy poco lee, desgraciadamente, la mujer española. Y una lectura selecta, bien dirigida, recrea, instruye y no perjudica.

Es un problema muy peliagudo en la actualidad educar á las muchachas. Cualquier orientación que se tome, en cualquier sentido que se las eduque, no puede evitarse el influjo del azar, al que están siempre sometidas. Las previsiones mejor calculadas, los más celosos desvelos, se destruyen, se desvanecen, se malogran en un instante.

Así como la vida del hombre está relacionada y depende de su talento, de su trabajo, de su honradez, la de la mujer, su porvenir, su felicidad y hasta su virtud dependen tan sólo de la casualidad.

Este es un asunto que bien merece la atención y el estudio de los sociólogos por la relación que tiene con las imperfecciones de la constitución social.

E. SEVILLA RICHART.





REPRESENTACIÓN DE «LAS AVES», DE ARISTÓFANES

CÁMARA S.C.

ADRIÁN GUAL LEYENDO SUS CONFERENCIAS  
DE HISTORIA TEATRAL

## EL GENIO DE LA COMEDIA

### CICLO HISTÓRICO-TEATRAL

Realmente la idea de ofrecer al público una curso de historia teatral, en estos tiempos en que sólo parecen interesar los dramas policíacos y las zarzuelas madrileñas, cuando los libros que tratan materias de historia duermen el sueño del olvido en los almacenes de las librerías mientras no les declara una Real orden bienhechora como texto para capturar una nómina, y cuando más especialmente en cuestiones de arte escénico es predicar en desierto cuantas elucubraciones históricas, filosóficas ó sociales se intente dar á la publicidad con la mejor de las intenciones, esa idea, repetimos, ya constituía por sí sola un pujante alarde de capacidad que solamente alguien muy seguro de su firmeza y de su experiencia podía concebir y acometer.

Adrián Gual no solamente ha concebido esta idea generosa de investigar la historia de la comedia desde sus orígenes, para difundir luego en el público los fru-

tos de su investigación, sino que la ha llevado á efecto brillantemente desdoblando el sistema de la estampa y buscando á ese público en el propio teatro.

Habiendo sido éste el de la Princesa y habiendo intervenido en su dirección Fernando Díaz de Mendoza, huelga decir que la puesta en escena fué maravillosa y que todos los accesorios tenían admirable carácter de época.

Dió comienzo á la primera sesión del *Ciclo histórico* la lectura, por el señor Gual, de un prólogo en que se marca el carácter del genio cómico y su desarrollo en Grecia. Tal vez hubieran sido de desear algunas más noticias técnicas que preparasen mejor á los espectadores, pero gustó por la modestia con que el autor expuso en él su pensamiento y su iniciación en esta obra de cultura. Fué muy aplaudido.

Después se representó un cuadro animadísimo: un ensayo de la obra de Aris-



UNA ESCENA DE «ARLEQUÍN, VIVIDOR»

tófanes, *Las ranas*, hecho en casa del corega

Agatarco y bajo la dirección del instructor Soripatro, que, muy concienzudamente interpretado por el Sr. Ortega, preparó convenientemente el ánimo de los espectadores para escuchar en la tercera parte del espectáculo varios fragmentos de la celebrada comedia de Aristófanes, *Las aves*. El escoliasta ó comentarista, representado por el señor Codina, daba al público las debidas explicaciones acerca del enlace entre las distintas escenas que de la obra interpretaban los autores.

Estas escenas están admirablemente escogidas, pues no se trataba de representar la obra, sino de dar idea, de exponer una síntesis de lo que fué el teatro cómico griego en sus procedimientos y en su manera de ser.

Para los intérpretes hubo grandes aplausos, destacando entre ellos el Sr. Ortega, así en el papel de instructor, en el ensayo de *Las ranas*, como en el Evalpide de *Las aves*. Todos los demás cumplieron perfectamente su cometido.

Después de este brillante comienzo, la

segunda conferencia del Sr. Gual, resultó más lucida, si cabe, en atención al interés que la primera había despertado en todo el público.

Después de tratar en elocuentes párrafos la transición de la escena griega á la medioeval, mostró el distinguido conferenciante dos ejemplos suficientes á ilustrar al auditorio respecto á las características de los consiguientes períodos porque atravesó el auditorio.

*Ronda de histriones* era el primero de estos cuadros históricos, y en él encontró el público un pintoresco resurgimiento de los trovadores, juglares y contrafactores que mantuvieron durante la Edad Media el género cómico en los castillos, aldeas y ciudades. A su mágica palabra animábase el escenario con paisajes, figuras y escenas que solamente la imaginación de un poeta — de un poeta culto — puede evocar; la suave gradación de luces de un amanecer ó las sombras de una noche medrosa en que surge de pronto la macabra efigie de una muerte arlequinesca, envolvían sucesivamente á los histriones levantados de sus tumbas. Era un cuadro de poderosa fuerza descriptiva y maravillosa emoción.

Más tarde, las grotescas figuras del

teatro italiano que llevaron á todo el mundo las farsas locas y absurdas de Pierrot, Colombina, Arlequín, Matamoros y Pantalón, poblaron un escenario infantil desarrollando una trama más pueril todavía como símbolo de otro momento en la historia del teatro. *La familia de Arlequín* y *Arlequín, vividor*, fueron una exposición y una demostración de la ingenua infancia que ha precedido á los días de mayor gloria para el arte escénico.

Llegó la tercera y última sesión del ciclo, dedicada al Renacimiento de la comedia, y en ella tuvo un hermoso remate la tarea de cultura llevada á cabo por el ilustre escritor.

Después de la composición demostrativa del arte cómico en la Edad Media, en pos de Arlequín y su familia carnalesca resurgida á la voz evocadora del conferenciante en la segunda sesión, los pícaros y los simples de la comedia clásica de Lope de Rueda han revivido en una pintoresca exhibición del *Corral de la Pacheca*, precedidos por la tonadilla de costumbre en gloriosos tiempos de nuestro renacimiento teatral.

El paso *Los ladrones* á que los apremios de tiempo redujeron la obra en varios actos que formaba entonces la parte principal del espectáculo, ofreció al público una admirable muestra de las producciones de aquel perégrino ingenio, cuya evocación era de todo punto precisa para trasladar al auditorio una idea clara de aquel momento de la comedia castellana.

Finalmente, una representación de Molière ante Luis XIV vino á cerrar el ciclo

histórico después de breves palabras de Adrián Gual rememorando la vida amarga y la triste muerte del gran genio cómico francés.

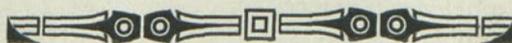
En días muy recientes se ha estrenado en París una comedia de Maurice Donnay, que, con el título *La casa de Molière*, trae á la escena la figura del ilustre satírico, recordando algo de su vida, sus sinsabores y la experiencia que hizo descender á la tierra su alma de poeta.

En *El enfermo imaginario*, última producción suya, representando la cual experimentó la primera sensación de la muerte, que le poseía tres horas después, aparece perfectamente definido el temperamento moral de aquel hombre, encarnación del buen sentido, bien á pesar suyo.

Su personaje aprensivo, su «hermano» de claro criterio, demasiado escéptico tal vez, su criadita gentil é ingeniosa y su doctor pedante, son los tipos genéricos del teatro de Molière.

Tal ha sido el final de las sesiones dedicadas al Genio de la Comedia. Gual ha tenido el buen acuerdo de condensar mucho la obra de estudio realizada, y ello ha sido causa de que todo el mundo haya reunido sobre tres solas conferencias la admiración grande que hubiera colmado muchas más.

Si grande era el interés despertado por el anuncio de esta segunda conferencia, mayor fué también el éxito alcanzado. El Sr. Gual ha logrado cautivar á todo un público inteligente, y lo que es más difícil, sacar de su indiferencia á los profanos, componiendo sesiones en su más amplio sentido instructivas y amenas.



# CONSULTORIO MÉDICO DE "PHAROS"

---

Para hacer uso del Consultorio bastará remitir á nombre del DOCTOR SILVIO la pregunta, sencilla y claramente enunciada, y firmada con un lema. A toda consulta debe necesariamente acompañar el cupón que insertamos en las páginas de anuncios.

*Margarita.*—Muy lejos de suponer semejante cosa; creo que no debe preocuparla.

Resguárdese del frío y evite toda transgresión en el régimen.

Muy conveniente la sería algún preparado de arsénico (Arrenal, Cacodilatos, etcétera).

—  
*L. A. G.*—Lo último que he leído sobre el tratamiento de esa afección, y que no dudo en recomendarla, por su inocuidad absoluta, es el baño de las manos, durante media hora, en:

agua oxigenada á 12 volúmenes, á la que se añadirá una cantidad igual de agua hervida caliente.

Como el procedimiento es sencillo debe repetirlo durante algunos días.

—  
*Alermes.*—Me extraña cómo entre los tratamientos seguidos para afección tan rebelde no figura la medicación mercurial, de la que me declaro partidario.

La fórmula de administración por mí preferida en este caso particular es la de inyecciones semanales de aceite gris.

El tratamiento ha de ser continuado por largo espacio de tiempo, aunque con intervalos prudenciales.

Higiene rigurosa de la boca (supresión del tabaco, alcohol, etc.), y lavados con un agua alcalina cualquiera.

DOCTOR SILVIO.

---

## CONSULTAS URGENTES

Siendo muchos los lectores de nuestra Revista que nos encarecen la urgencia de sus casos al consultar acerca de ellos al DOCTOR SILVIO, á partir de este número, y en obsequio á ellos, establecemos una innovación destinada á subsanar para aquéllos la dilación que el carácter mensual de PHAROS implica á las contestaciones nuestro distinguido compañero.

Los suscriptores ó lectores de PHAROS que deseen obtener rápida respuesta á sus consultas, podrán obtenerla por correo sin aguardar la salida del periódico, remitiendo una tarjeta postal fran-

queada, ó un sello de quince céntimos si desean se les conteste bajo sobre, é incluyendo en su carta, en vez de uno, dos cupones del último número de nuestra Revista.

De cuantos se han dirigido á esta Administración para tal objeto, esperamos consideren este acuerdo como la mejor contestación á sus demandas, relevándonos de hacerlo particularmente en razón á su número.

---

Hijos de R. Álvarez. — Ronda de Atocha, 15.  
Teléfono 809.